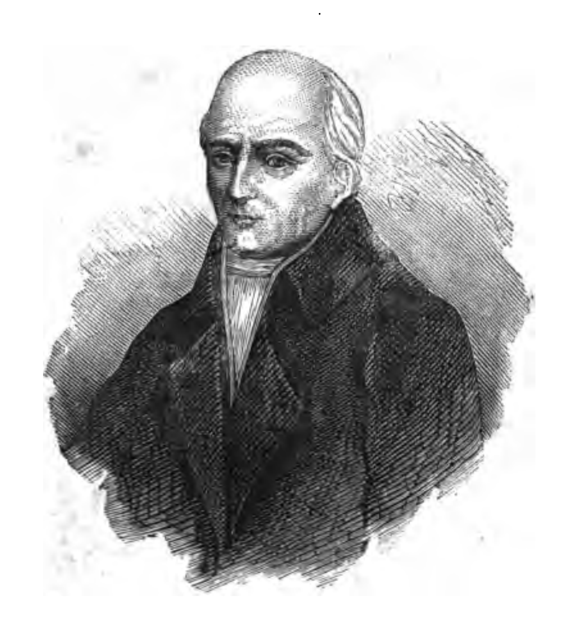


D. MIGUEL HIDALGO Y COSTILLA

BIBLIOTECA DE LA JUVENTUD

BIOGRAFIA

DEL CURA DE DOLORES

D. MIGUEL HIDALGO Y COSTILLA

PRIMER CAUDILLO DE LA INDEPENDENCIA DE LA NACION MEXICANA
EN EL AÑO 1810

PRECEDIDA

DE UNA RESEÑA HISTÓRICA DEL SISTEMA
DE GOBIERNO QUE REGIA Y SITUACION EN QUE SE ENCONTRABA
EL PAIS EN ESA ÉPOCA

SEGUNDA EDICION



PARIS
LIBRERIA DE CH. BOURET
23, CALLE VISCONTI, 23

MEXICO
LIBRERIA DE CH. BOURET
18, CALLE SAN JOSE EL REAL, 18

1878

Propiedad del editor.

CAPITULO PRIMERO

Autoridad de los vireyes. — Españoles residentes en Nueva-España. — Sus privilegios y prerogativas. — Instruccion pública. — Inquisicion. — Clero y sus riquezas. — Jesuitas. Agricultura y artes. — Comercio con la metrópoli. — Prohibiciones de esplotar ciertos artículos del país. — Conatos de subversion. — Fuerzas militares.

El estenso y hermoso suelo de Méjico privilegiado por la mano bienhechora de la Providencia, con un clima esclusivo por su dulzura y con todos los dones mas profusos de una exhubcrante naturaleza, ha sido fecundo tambien en brotar héroes que han inmortalizado su nombre con gloriosos hechos que, llenos de valerosa abnegacion, han consumado en momentos solemnes para colocar á su patria á la altura del progreso y de la civilizacion moderna. El hombre célebre de que vamos á tratar, tocando el último período de su vida, sin otros elementos

que la fé mas profunda en el buen derecho de la causa á que se consagró, y sin arredrarle los formidables obstáculos de riqueza, de poder, prestigio y fuerza física que en centenares de años habia acumulado una potente monarquía, se lanza á la lucha enarbolando el emblema de la Independencia nacional, da batallas á ejércitos disciplinados, hace temblar á los déspotas, y sucumbe con la auréola de mártir fecundando con su sangre generosa el sublime pensamiento de emancipacion y libertad, que mas tarde fué realizado por mas afortunados caudillos que le sucedieron.

Para que tan gigantesca empresa sea estimada debidamente, haremos precederla de una ligera reseña de la situacion en que se encontraba el país en los primeros años del presente siglo, en que fué acometida.

Trescientos años hacia desde la conquista de Hernan-Cortés que la España entre otras posesiones de América, dominaba en el Anahuac con un absolutismo teocrático y verdaderamente opresor por medio de vireyes que ejercian un poder ilimitado, subyugando, segun su voluntad é intereses, á una junta de oidores que

era el consejo á que consultaban en las materias dudosas de administracion pública. El aparato de esos representantes del monarca, tenia todo el brillo de la pompa real, que hacia mas notable la humilde condicion y abatimiento á que se hallaban reducidos los nativos del país, á quienes los españoles distinguian con el nombre de *criollos*, voz que se consideraba como un epíteto injurioso, y que en la rivalidad de razas que se desarrollaba progresivamente fué retribuida á los europeos por el de *gachupines*.

El número de españoles nacidos en la Península que residian en la Nueva España en los años de 1808 hasta principios del de 1811, á cuyo período se refieren los sucesos de que trataremos, se calculaba en setenta mil. Generalmente con algunas escepciones aventureros decididos, sin otro fin que el de hacer fortuna por cuantos medios estuvieran á su alcance; ellos solo tenian la facultad de portar armas, y ocupaban los principales empleos en la administracion, en la iglesia, en la magistratura y en el ejército; ellos ejercian esclusivamente el comercio, y eran los poseedores de todos los

grandes capitales, de los mas importantes giros y de toda clase de fincas y propiedades, siendo la sola clase predominante, por los privilegios de que gozaba, así como por su influjo y poder, concentrando en sí todas las franquicias de los derechos políticos y civiles, á la vez que los americanos desempeñaban tan solo los destinos inferiores, á fin de que permanecieran sumisos y rendidos.

En cuanto á instruccion pública para los criollos, el marqués de Branciforte, durante su vireinato, sentó la premisa de que en América no debia darse otra que el catecismo, máxima que en cuanto se pudo fué siempre observada, no siendo por lo tanto sorprendente que con arreglo á semejantes principios, el pueblo careciera de toda nocion que lo ilustrara sobre sus propios é imprescriptibles derechos como parte integrante de la sociedad humana.

La Inquisicion perseguia con ardor infatigable á todo el que leia alguna obra de los filósofos franceses que en el siglo anterior inundaron el mundo con sus producciones, y que clandestinamente por azar se lograba introducir. Por este crimen, el domicilio era violado,

se multiplicaban las prisiones con los tormentos mas crueles; se instruyeron cerca de dos mil procesos de acusaciones de heregía, se condenó al ostracismo á los culpables, y el terrible tribunal hizo derramar por tal motivo tantas lágrimas, que bien hubieran podido apagar las hogueras que se encendieron para que en autos de fé fueran en ellas consumidos los libros.

La totalidad de las propiedades del clero tanto secular como regular, importaba la mitad del valor de los bienes raices del país. El ayuntamiento de Méjico viendo la multitud de conventos de los dos sexos que se eregian continuamente, y el crecido número de personas que se destinaban al estado eclesiástico, así como las grandes sumas invertidas en fundaciones piadosas, pidió al rey Felipe IV que no se fundasen mas conventos y se les prohibiese hacer nuevas adquisiciones, pues si no se ponia remedio en ello, en breve serian dueños de todo; que no se mandaran mas religiosos de España, y se recomendara á los obispos que no ordenaran mas clérigos, en virtud de contarse mas de seis mil sin ocupacion alguna, y por último, que se disminuyeran los dias festivos

que se celebraban, para evitar los males consiguientes á la ociosidad que producian. Sin embargo, en justicia, debe establecerse una escepcion respecto de los jesuitas llegados á Méjico en 1572, pues á ellos se debió la fundacion de colegios y seminarios en várias ciudades principales en que se establecieron, dando estension á la enseñanza, pues además de la filosofía y la teología, se cultivaban en ellos las bellas letras con brillante éxito; pero la espulsion de los religiosos de esta órden en 1867, á causa entre otras cosas, de que difundian á la inteligencia una luz que no convenia á la política del gobierno, causó un atraso irreparable en la ilustracion de la juventud, sufriendo en ello tambien una notable rebaja la riqueza del clero, pues los cuantiosos bienes que poseia esa órden, fueron aplicados al fisco.

El interés de la agricultura y comercio de la metrópoli habian hecho que se prohibiesen diversos ramos del cultivo y de la industria agrícola. Entre estos el principal era el de los aguardientes: no solamente se prohibió destilarlos de la miel de caña, maguey y demás plantas susceptibles de producirlos, sino para hacer

efectiva la disposicion, se estableció un juzgado privativo, llamado *de bebidas prohibidas*. Esa negacion de esplotar los productos que la naturaleza habia concedido con tanta abundancia, era obligar á los cultivadores de caña á derramar un fruto ya cosechado, cual era la miel, de la que no se sacaba por tan injustificable medida, ningun provecho. La misma severa prohibicion era estensiva á las plantaciones de olivos y de parras, pues de esa manera el aceite y el vino que se consumiera, tenia forzosamente que ser remitido de España.

Igual anatema pesaba sobre las artes y toda especie de manufacturas que pudieran perjudicar las importaciones de la metrópoli. Era un delito que se castigaba con rigor dedicarse á cualquier trabajo de hilados y tejidos de algodon, de lana ó seda, porque no convenian su desarrollo á los intereses de los comerciantes españoles. Solo un ramo fué protegido liberalmente, el de las minas, en virtud de que una tercera parte de lo que producian era remitida periódicamente á S. M. el rey y el resto circulaba y era concentrado en los cofres de los europeos. Nadie tenia el derecho de quejarse de las

disposiciones que los herian; la ley inflexible era *obedecer sin discutir.*

El largo hábito de esa pasible mansedumbre á los mandatos del monarca, habian hecho de este sentimiento un principio asentado y de todos reconocido. Sin embargo, en medio del malestar general que cada vez era mas intenso, la marcha poderosa del tiempo, el espíritu de la época y algunos reflejos de la luz civilizadora que esparcian las primeras naciones de Europa con sus conquistas de gloria y de progreso, llegaban á aquel oprimido pueblo, y vagando las imaginaciones en los deseos de un goce desconocido, se notaba con disgusto la salida contínua de millones de pesos para la metrópoli, para los situados de Asia y para los gastos estraordinarios de la España cuando estaba en guerra con otra potencia, y entre las personas perspicaces se comenzaba á difundir algunas especies poco favorables á la autoridad del rey, mucho mas cuando algun incidente particular escitaba la rivalidad entre europeos y americanos. En esas circunstancias se insinuaron tres conatos de subversion contra el poder, pero sin un plan posible, sin ramificacion, y dirigido por

personas enteramente destituidas de crédito y de recursos; mas no obstante, suficientes á despertar la alarma en la conciencia de los tiranos, dándoles ocasion de desplegar para que no se repitieran, una dureza estremada en el castigo.

Cerca de dos siglos se pasaron sin que hubiera en Nueva España mas tropas permanentes que la escolta de alabarderos del virey, y algo mas adelante las dos compañías de Palacio: formóse luego el cuerpo del comercio de Méjico y algunas fuerzas poco disciplinadas en las provincias; pero en el reinado de los monarcas de la casa de Borbon, además de haber mandado varios regimientos de España, se fueron formando los cuerpos veteranos y las milicias provinciales. Al mismo tiempo se dió grande estension al fuero y á la jurisdiccion militar, que ejercia el virey como capitan general con un auditor de guerra que era un oidor.

La fuerza militar se componia de una compañía de alabarderos, guardia de honor del virey, cuatro regimientos y un batallon de infantería permanente que componian el número de cinco mil hombres, dos regimientos de drago-

nes con quinientas plazas cada uno ; un cuerpo de artillería con setecientos veinte hombres, dos compañías de infanteria ligera y tres fijas que guarnecian los puertos de la Isla del Cármen, San Blas y Acapulco.

Por una combinacion de política y de economía, la fuerza principal destinada á la defensa del país, consistia en los cuerpos que se llamaban de milicias provinciales, los cuales no se ponian sobre las armas sino cuando la situacion lo exigia. La oficialidad era formada de los propietarios de las mismas provincias, y era un honor muy pretendido y que se compró á caro precio cuando estos cuerpos se organizaron, el empleo de coronel ó teniente coronel de ellos. La totalidad de esas milicias de las tres armas, repartidas en todo el territorio, ascendia á veintinueve mil cuatrocientos hombres, que era la fuerza efectiva de que podia disponer el virey para la campaña. Los jefes y oficiales en la generalidad, tanto en las tropas veteranas como en las de milicias, eran europeos; los sargentos, cabos y soldados todos mejicanos, sacados de las castas, pues los indios estaban esceptuados del servicio militar.

En la enumeracion que se ha hecho de esas fuerzas, no están comprendidas las tropas de las provincias internas, ni las de Yucatan que estaban mandadas por comandantes generales especiales, pero que en momento dado, obraban en combinacion con las del centro, y que agregadas al guarismo anterior, componian cerca de cuarenta mil hombres.

En cuanto al sistema de los ramos judicial y rentístico, estaba basado sobre el modelo del de España, constituyendo el conjunto una monarquía en la que la persona del soberano estaba representada por el virey, ocupando la audiencia el lugar del consejo, y entre ambos tenian la facultad de hacer leyes en todo lo que fuere necesario, pues los autos acordados tenian fuerza de tales, mientras no fuesen derogados ó modificados por el rey.

Semejantes eran la aglomeracion de cuantiosos elementos que una revolucion tuviera que atacar; empresa árdua y tremenda que el cura Hidalgo se atrevió á emprender. El arrojo de su génio, la viril energía de su voluntad y la rapidez de sus movimientos, suplieron en cuanto fué posible á la carencia material de lo pre-

ciso. ¡ Qué importan pues los reveses de las armas que probó, si sucumbiendo dió vida al inmortal principio de la independencia de su patria !

CAPITULO II

El virey Iturrigaray. — Favoritismo de Godoy. — Alianza de España con Napoleon I emperador de los franceses.—Godoy, desengañado en sus ambiciones, trata de entrar en correspondencia con Inglaterra y las potencias del Norte. — Entrada de las tropas francesas en España. —Invasion del Portugal. — Napoleon no cumple las condiciones del tratado. — Caida del privado. — Abdicacion de Cárlos IV. — Renuncia Fernando VII la corona en favor de Napoleon, y este la cede á José. — Levantamiento general de España contra los franceses. — Recíbense en Méjico noticias de los sucesos de España. — Donativos para la guerra. — Prision de Iturrigaray y su destierro. — Vireyes que le sucedieron. — Venegas.

El alto empleo de virey lo obtenia en la época á que vamos á contraernos don José de Iturrigaray, quien, como casi todos los que eran provistos de este encargo durante el gobierno de los príncipes de la casa de Borbon en España, tenia el grado de teniente general. Era nativo de Cádiz, y debia su orígen á una familia decente, pero no distinguida : en la milicia habia hecho una carrera honrosa y se habia conducido con valor, siendo ya coronel, en la campaña del Rosellon en guerra entre España y Francia,

al principio de la revolucion de esta en 1792. Sin embargo, no fueron estos méritos los que lo elevaron al vireinato, sino la proteccion del príncipe de la Paz don Manuel Godoy, que á la sazon ejercia una influencia omnipotente en el ánimo del débil y candoroso rey Cárlos IV. Desde que tomó posesion de esa dignidad, su objeto esclusivo fué de aprovechar la ocasion para hacerse de gran caudal, y su primer acto al ir á tomar posesion del gobierno, fué una defraudacion de rentas reales, pues habiéndosele concedido que llevase sin hacer, la ropa que no se hubiera podido terminar al tiempo de su embarque, introdujo con tal pretesto sin pagar derechos un cargamento de efectos que, vendido en Veracruz, produjo la cantidad de 119.125 pesos. En la administracion de ese funcionario, especialmente se provéian los empleos segun su magnitud por gratificaciones, que recibian el virey, la vireina ó sus hijos : alteró el órden establecido para la distribucion del azogue á los mineros, haciendo repartos estraordinarios, por una onza ú onza y media de oro con que se le gratificaba por cada quintal. En las compras de papel para proveer la fábrica de taba-

cos hacia poner precios exagerados, quedando á su beneficio los supuestos con respecto á los verdaderos, que le eran pagados por los contratistas. Semejantes manejos se efectuaban con tal publicidad y escándalo, que llegaron á persuadir eran autorizados por el príncipe de la Paz, disfrutando de una parte de lo que producian. Así logró Iturrigaray reunir en breve un capital considerable, que consistia en gran cantidad de oro amonedado, alhajas, vajillas y además cuatrocientos mil pesos que tenia en los fondos de minería, imposicion que entonces se reputaba como la mas segura, y esto no obstante que sus gastos eran muy fuertes y escedian con mucho del sueldo de sesenta mil pesos anuales que disfrutaba. Al descrédito que causaba la venalidad del virey, se agregaba la conducta poco recatada de la vireina doña Inés de Táuregne y de sus hijos, y la pasion dominante que aquel tenia por el juego; lo cual todo unido contribuyó eficazmente á hacer desaparecer el respeto con que se veia la suprema dignidad de su elevado puesto, en tiempo de los Casafuertes y de los Revilla Gigedos.

En lo demás Iturrigaray siguió la norma que dejaron establecida sus predecesores, y como en el órden político lo mismo que en el físico, una vez dado un impulso, las cosas siguen por mucho tiempo el movimiento que se les imprimió; los funcionarios del reinado de Cárlos IV, continuaron por el sendero que les dejaron trazado los grandes hombres que tuvieron la direccion de los negocios en el reinado anterior, hasta que todo se perdió en el abismo de inmoralidad y de despilfarro, en que hundió á la monarquía el influjo funesto del favorito Godoy.

Tal era el estado de la Nueva España cuando aconteció la caida del trono de Castilla en 1808; conmoviendo hasta sus cimientos y arrastrando en pos, aun á las mas remotas partes de la monarquía. La España se habia conservado en paz con la Francia desde el tratado que celebró en Basilea en 1796, á la vez que aquella se gobernaba bajo la forma republicana, y durante el reinado de Napoleon estuvo sometida á la mas ignominiosa y destructuoria dependencia de este cuyo poder fomentó con sus tesoros, y sostuvo con sus escuadras y su sangre, arruinando su

propio comercio y comprometiendo sus posesiones ultramarinas en una guerra con la Gran-Bretaña, que para ella no tenia objeto. Cárlos IV, príncipe de escasa capacidad y poco inclinado al trabajo, dejó todo el peso del gobierno en manos de don Manuel Godoy, su privado, quien se habia elevado desde guardia de corps á los mas altos puestos de la monarquía : creado príncipe de la Paz, nombrado generalísimo de los ejércitos y almirante de la escuadra, colmado de honores y riquezas, enlazado con la familia real, pretendia, lisongeando las ambiciosas miras de Napoleon, no solo consolidar su grandeza sino tambien colocarse en el rango soberano.

Napoleon por su parte tenia motivos de recelar de la buena fé y sinceridad del gabinete de Madrid. Habiendo despojado del trono de Nápoles al rey Fernando, hermano de Cárlos IV, este habia rehusado reconocer á José, que lo era de Napoleon, y le habia dado aquella corona. Godoy frustrado en sus proyectos de mas brillante fortuna habia entrado en relaciones con las potencias del Norte, aliadas entonces contra la Francia, y aun pretendió entablarlas

con Inglaterra. Luego que Napoleon triunfó, y por la paz de Tilsit se aseguró de las potencias del Norte, fijó sus miradas hácia el Mediodia, y no puede dudarse que desde entonces resolvió la ruina de las estirpes de Borbon que ocupaban los tronos de España, Portugal y Etruria, favoreciendo maravillosamente su ejecucion con respecto á la primera, las disensiones escandalosas de la familia real y su descrédito en aquella nacion.

Para llevarlas á efecto, el emperador de los franceses celebró con España un tratado secreto, en virtud del cual las fuerzas unidas de Francia y España habian de invadir el Portugal, cuyas provincias fué acordado se distribuirian en tres partes : las del Norte se destinaban á la reina de Etruria, hija de Cárlos IV, con el nombre de reino de la Lusitania Setentrional, en compensacion de la de Toscana que se unia á la Francia; con las del mediodia se habia de formar un Estado independiente para Godoy, con la investidura de príncipe de los Algarbes ; las del centro habian de quedar administrados por la Francia hasta la paz, y Cárlos IV tomaba el título de emperador de las dos Américas, en

remuneracion del despojo á que contribuia de la familia reinante de Portugal, ligada á él con próximo parentesco. No estaban todavía enteramente arreglados ciertos puntos del tratado, cuando ya Napoleon habia hecho entrar sus tropas en España, en mucho mayor número de lo que se habia estipulado, ocupando la frontera de uno á otro mar, y apoderándose de las plazas fuertes que estaban en el corazon del reino, llevándose á efecto la invasion del Portugal por las tropas aliadas. A estos sucesos siguieron la caida del favorito Godoy, la abdicacion en Aranjuez de Cárlos IV en favor de su hijo el príncipe de Asturias, que fué quien solicitó el apoyo de Napoleon contra el privado, la ocupacion de Madrid por Murat, gran duque de Berg, la protesta de Cárlos IV contra la abdicacion que habia hecho pretendiendo que fué un acto contrario á su voluntad por riesgo en que estuvo su vida y la de la reina en un motin habido en Aranjuez, la renuncia del príncipe de Asturias en su padre, y la cesion que este hizo de ella en Napoleon, en cuyo favor se desprendieron de sus derechos, el propio príncipe de Asturias y los infantes sus hermanos.

La sangre derramada en Madrid el 2 de Mayo y las renuncias de los príncipes de la familia real en Bayona, escitaron en todas partes una indignacion general. Las provincias de España, casi simultáneamente y sin ponerse de acuerdo entre sí en los últimos dias de Mayo y en los primeros de Junio, alzaron un grito de muerte y de venganza. El entusiasmo por el jóven príncipe de Asturias, proclamado rey Fernando VII, era estremo; la debilidad con que se condujo renunciando la corona en favor de su padre, y todos sus derechos á ella en el de Napoleon, dando á este las gracias por haberla puesto en la cabeza de su hermano José, y felicitando al último por haberla obtenido, ó era poco conocida, ó atribuyéndola á su posicion y riesgo, no habia bastado para menoscabar el interés que sus desgracias inspiraban.

La escasa comunicacion que permitia entre España y las provincias de Ultramar el estado de guerra con Inglaterra, hizo que todos los grandes é importantes sucesos referidos, que habian tenido lugar en España, no se supieran en Méjico sucesiva y gradualmente, en el órden

de los acontecimientos, sino en conjunto por dos ó tres barcos que, llegando con bastante intervalo, dejaron mucho espacio para inquietar y hacer vacilar los ánimos. Crecian entre tanto en la capital la inquietud y la desconfianza: multiplicábanse los pasquines que cada dia aparecian, amenazándose europeos y americanos; aquellos creyéndose en riesgo, se armaban y municionaban. La inquisicion hizo tambien uso de su autoridad, y por un edicto declaró heréticas las especies que se difundian respecto á que faltando el monarca, la soberanía recaia en el pueblo quien debia elegir á sus mandatarios, mientras que aquel volviera á ocupar el trono.

Bajo la impresion de esos sucesos, fué declarado y jurado solemnemente rey de España y de las Indias, Fernando VII. Se establecieron juntas en la capital y las provincias con el fin de colectar ausilios para el sostenimiento de la guerra en España contra los franceses, que produjeron sumas enormes y fueron remitidas á la metrópoli en union de 14 millones de pesos que hacia algunos meses se hallaban depositados en la Tesorería; siendo notable el do-

nativo que el Tribunal de Minería hizo con tal objeto, de cien cañones construidos á espensas de ese cuerpo.

En medio de las vacilaciones y la zozobra que surgieron entre el virey y las autoridades sobre la marcha que deberia imprimirse á la administracion hasta el desenlace de los sucesos de la península, aquel funcionario obtaba por la creacion de un Congreso consultivo, que lo dejase en el ejercicio de un poder absoluto. La junta de oidores pretendia que tal poder se restringiera, quitando al virey el manejo de la hacienda pública y toda intervencion en el ramo de justicia; siendo lo mas estraño que en estos incidentes las mismas corporaciones compuestas de europeos, suponiendo que el virey queria hacerse soberano independiendo á Méjico de la metrópoli, le hicieron una guerra cruda, propagando todas las discordias que debilitaban la accion de la autoridad, siendo en consecuencia las precursoras de la próxima catástrofe que debia estallar.

Generalizada la idea entre los españoles influentes de que Iturrigaray pretendia, aprove-

chándose de las desgracias de España, emancipar en su beneficio á Méjico del yugo de aquella potencia, con lo que quedaria consumada la ruina de sus fortunas y prestigio, apelaron á las vias de hecho, sobornando á la guardia del virey, á quien redujeron á prision y despues de secuestrado el caudal que habia adquirido por los arbitrios que se han referido, lo remitieron con su familia á España, donde se siguió un dilatado proceso de infidencia, en cuyos trámites le sorprendió la muerte.

Por acto revolucionario fué nombrado virey el mariscal de campo don Pedro Garibay. Los sucesos de España vinieron á sacar al gobierno provisional del estado incierto de su orígen y á dar gran impulso y confianza al partido español. La victoria de Bailen y el levantamiento general de las provincias, obligaron á los franceses á abandonar á Madrid y retirarse á la ribera ízquierda del Ebro.

Nuevo incremento dieron á los conatos revolucionarios los desastrosos sucesos ocurridos en España á fines del año de 1808. Concentrados los franceses en las márgenes del Ebro, los

ejércitos que se habian levantado en las provincias, marcharon en su seguimiento, pero Napoleon que ocurrió en ausilio de sus tropas, y arrolló todo lo que se oponia á su paso, dió una accion decisiva en Tudela, y se presentó delante de Madrid, que despues de una corta resistencia se entregó por capitulacion al vencedor. Las noticias subsecuentes de la invasion de las Andalucías y de la disolucion de la junta central de Sevilla, que con posterioridad dispuso que el arzobispo de Méjico, don Javier de Lizana, relevara del cargo de virey á Garibay, causaron la revolucion de Buenos-Aires, Caracas y Santa Fé, en donde se establecieron juntas que gobernasen durante la ausencia de Fernando VII, convocadas por los mismos vireyes y autoridades españolas, que fueron luego depuestos, declarándose en seguida la independencia del mismo modo que se intentó hacer en Méjico con la junta que iba á reunirse por órden de Iturrigaray.

Disgustado en sus exigencias el partido europeo de Méjico por el sentimiento monástico que caracterizaba el gobierno del arzobispo, por la debilidad con que dejó desarrollarse las ten-

dencias del fuego revolucionario en todo el reino, y por lo contrario que se manifestaba á los que prendieron y depusieron á Iturrigaray, intrigaron para obtener su relevo, cerca de la regencia que se habia últimamente formado y establecido en Cádiz, y obtuvieron en efecto su separacion, nombrándose á la corporacion de la Audiencia para que ejerciera el poder ejecutivo. Nada notable resultó de sus actos, y los acontecimientos que se preparaban siguieron el curso ascendente con que los impulsaba el estado del espíritu público, hasta que el nombramiento definitivo por la misma regencia del virey Venegas, vino á precipitar el cataclismo de que iba á ser teatro ese continente.

Venegas estaba en la medianía de la edad; tenia buenos modales, y la revolucion y guerra de España contra los franceses, en la que se distinguió mandando en jefe el ejército de la Mancha, le habian hecho adquirir el conocimiento de los hombres, espedicion en el trabajo, y una actividad en el despacho de los negocios de que pocos de sus predecesores habian dado ejemplo. Tenia probidad y desinterés, y si

las circunstancias en que tuvo que ejercer el mando hubieran sido mas felices, se le habria contado sin duda, entre los mejores vireyes de Nueva España. Su traje sencillo y trato fácil, llamaron mucho la atencion de los habitantes de la capital, acostumbrados á ver á esas altas dignidades, ataviados espléndidamente como en la córte de España, que habia conservado los usos de la de Francia antes de la revolucion, y observando en el palacio un ceremonial imitado de los monarcas españoles, causando novedad desde luego que se presentara con la modestia de un particular.

El primer acto público del nuevo virey fué convocar tres dias despues de su llegada una junta numerosa presidida por él mismo, para distribuir las condecoraciones y títulos de nobleza que la regencia de España habia otorgado en recompensa á los que se distinguieron en la prision de Iturrigaray, y en la exhibicion de donativos para los gastos de la guerra con Francia, pidiendo á la vez nuevos recursos con el propio objeto.

El desagrado que todo esto produjo en los americanos, fué un nuevo combustible para la

revolucion, que cuando ese acto se celebraba, ya habia comenzado en el pueblo de Dolores, de la provincia de Guanajuato, el 16 de Setiembre de 1810, acaudillada por el cura don Miguel Hídalgo.

CAPITULO III

Conspiracion de Querétaro. — Hidalgo. — Allende. — Aldama. — Abasolo. — Desde cuando comenzó Hidalgo á tomar parte en la conspiracion. — Plan de esta. — Denuncias. — Prisiones que fueron la consecuencia. — La esposa del corregidor de Querétaro da aviso á Allende de lo sucedido. — Allende comunica los acontecimientos á Hidalgo. — Decídese Hidalgo á comenzar la revolucion. — Principio de esta en Dolores. — Dirígese Hidalgo á San Miguel. — Unésele el regimiento de caballería de la Reina. — Entrada de Hidalgo en Celaya, en cuya ciudad es proclamado general.

Hemos visto un gobierno establecido y consolidado por la costumbre de una obediencia pasiva en el largo espacio de tres siglos, repentinamente conmovido por causas que no estaban sujetas á ninguna prevision, y que España siguiendo la corriente rápida de su nefasto destino, en vez de aprovechar las oportunidades que tuvo para asegurar por medios que estaban á su alcance una dominacion que se le escapaba, deja caer durante dos años enteros la direccion del poder en manos débiles é incapaces. Es, mejor dicho, que habia sonado la

hora en que la nacion mejicana hiciera uso de sus esfuerzos con el objeto de procurar conquistar el derecho incontestable que tenia á constituirse por sí misma.

Venegas habia inaugurado su mando en una situacion fatal; aun no desembarcaba y ya existia un foco de conspiracion ramificada en Querétaro, lugar importante que proporcionaba grandes comodidades para las comunicaciones y correspondencias con la capital y provincias, por ser el punto de donde parten los caminos para todas las ciudades del interior y tránsito preciso de los correos. Contaban los conspiradores con el apoyo del corregidor de letras de aquella ciudad don Miguel Dominguez que favorecia la revolucion, y con el mas decidido y entusiasta de su esposa doña María Josefa Ortiz. Era Dominguez un magistrado apreciable por sus conocimientos é integridad y que disfrutaba, independientemente de las consideraciones de su puesto, las simpatías mas sinceras de aquella poblacion. Con el nombre de Academia Literaria, se habia establecido allí una reunion á que concurrian el propio corregidor y otras muchas personas que profesaban las mis-

mas opiniones. Estas reuniones se tenian en las casas del presbítero don José María Sanchez y en la del licenciado Parra, á cuyas juntas asistian además, el capitan Allende del regimiento de la Reina, y el de igual clase don Juan Aldama, que iban secretamente de San Miguel el Grande. Contábanse entre los conjurados el capitan don Joaquin Arias, del regimiento de Celaya, que con algunas compañías se hallaba de guarnicion en esa ciudad; varios oficiales del mismo cuerpo, Lanzagorta del de Sierra Gorda, los dos hermanos Epigmenio y Emeterio Gonzalez y otros muchos de menos importancia. Un poco despues de organizada la junta, por conducto de Allende, vino á aumentarla el cura de Dolores, que viene á ocupar ya el lugar que le corresponde en esta narracion.

Nació don Miguel Hidalgo y Costilla en el año de 1747 en el pueblo de Pénjamo, de la provincia de Guanajuato. Su padre, don Cristóbal Hidalgo, era natural de Tejupilco, en la intendencia de Méjico, y habiéndose establecido en Pénjamo, casó allí con doña Ana María Gallagamandarte, de quien tuvo cuatro hijos, el segundo de los cuales fué don Miguel, y de otros matri-

monios sucesivos tuvo otros muchos, de donde proceden los descendientes que hay con diversos apellidos, Don Cristóbal se trasladó con su primera mujer y los cuatro hijos que en ella tenia á la hacienda de Corralejo, de la que fué nombrado administrador, y en ella se dedicaron estos á las ocupaciones del campo. Mandólos despues á Valladolid (hoy Morelia) destinados á la carrera eclesiástica, á la abogacía y medicina, que eran las profesiones que solian abrazar los hijos de los que, como el administrador de una hacienda, podian hacer los gastos de una educacion literaria para proporcionarles un porvenir que no podian prometerse de la herencia que pudieran dejarles. Don Miguel, dotado de una inteligencia precoz, se distinguió bien pronto en los estudios que hizo en el colegio de San Nicolás de aquella ciudad, sustentando con mucho lustre los cursos de filosofía y teología, de cuyo plantel llegó finalmente á ser rector. Por los años de 1778 á 79 pasó á Méjico, donde recibió las órdenes sagradas y el grado de bachiller en teología. Sirvió varios curatos donde fué querido, y por muerte de su hermano mayor el doctor don Joaquin se le dió el del pueblo de

Dolores en la misma provincia de Guanajuato que aquel servia. El tiempo que sus deberes le dejaban de descanso lo consagraba á la lectura de obras de ciencias y artes, la traduccion del francés, cosa bastante rara en aquel tiempo, y por último, al fomento de varios ramos agrícolas é industriales en su curato. Estendió mucho el cultivo de la uva, de que hoy se hacen en aquel territorio considerables cosechas, pero de que entonces no se podian aprovechar para hacer vino, por la prohibicion que existia, de que se ha hablado, y propagó el plantío de moreras para la cria de gusanos de seda, á que era muy aficionado, de las cuales existen todavía en Dolores, conservados piadosamente, ochenta y cuatro árboles plantados por él en el sitio á que se ha dado el nombre de *las moreras de Hidalgo*, y se encuentran aun los caños que construyó para hacer el riego de todo el plantío. Habia además formado una fábrica de loza, otra de ladrillos, construido pilas para curtir pieles é iba gradualmente estableciendo talleres de diversos artes, lo que proporcionaba comodidad, trabajo honesto é instruccion á sus feligreses, lo cual unido á la caridad infinita con que ocurria á

sus necesidades, desparramando con laudable desprendimiento todo el dinero que tenia en meritorias acciones, se habia hecho querer con fanatismo de la poblacion y sus contornos, y con particular especialidad de los indios cuyos idiomas conocia. Esas cualidades, no obstante su orígen americano, le habian conquistado el aprecio del obispo electo de Michoacan, Abad y Queipo, y del señor de Riaño, intendente de Guanajuato. Grandes adelantos produjeron las tareas del cura Hidalgo en la cria de gusanos de seda, llegando hasta construir con la de sus cosechas algunas piezas de ropa para su uso y de la señora última esposa de su padre, á quien siempre conservó una consideracion respetuosa. La cria y propagacion de las abejas era otro de sus entretenimientos, en que obtuvo muy buenos resultados. Era muy afecto á la música, y además de haberla hecho aprender á los indios de su curato, en donde habia formado una orquesta, hacia ir la del batallon provincial de Guanajuato á que tocara en la plaza para proporcionar á los demás el placer que él esperimentaba. La proximidad de su residencia con aquella capital hacia que fuera á ella con fre-

cuencia, siempre para negocios de su curato.

Era ese distinguido eclesiástico de mediana estatura, cargado un poco de espaldas, de color moreno y ojos verdes llenos de viveza, la cabeza algo inclinada sobre el pecho en ademan reflexivo, bastante calvo y cano, pues en la época de que se trata pasaba ya de los sesenta años, pero vigoroso por la continua actividad de su existencia; de pocas palabras en el trato comun, pero animado y elocuente en la argumentacion cuando entraba en calor. Su carácter era suave y dulce, aun cuando firme é invariable en sus decisiones; en cuanto á valor moral, sus hechos lo justificaron, así como la inalterable sangre fria con que media el peligro. Su traje era sencillo, consistiendo en capa negra, calzon, chupa y chaqueta del mismo color, sombrero redondo de faldas anchas y un grueso baston.

Tres son las personas mas notables que en calidad de tenientes del cura de Dolores figuraron de una manera prominente en los hechos que van á referirse, y que declarados beneméritos de la patria por el primer Congreso constituyente, han sido consignados como héroes en la historia de Méjico.

Don Ignacio María de Allende era hijo de un honrado español del comercio de San Miguel el Grande, en la misma provincia de Guanajuato. Quedó su casa en estado de quiebra á la muerte de su padre, pero el dependiente y albacea de este don Domingo Barrio, español tambien, habiendo manifestado á los acreedores el verdadero estado de la casa, y comprometidose á pagarles por la confianza que les merecia, le dejaron en el giro de ella, que siguió por algunos años, en los cuales no solo cubrió todas las deudas y sostuvo decorosamente á la familia, sino que entregó á don Ignacio y á sus hermanos, no un caudal cuantioso, pero sí bienes suficientes para subsistir con decoro. Don Ignacio estuvo casado con una señora Fuentes, y era capitan en el regimiento de caballería de milicias de la Reina, cuya demarcacion era San Miguel: estuvo en un canton formado en San Luis á las órdenes de Calleja en tiempo del virey Marquina, y concurrió al que se formó por Iturrigaray en Jalapa compuesto de catorce mil hombres de todas armas, en el que se distinguió de una manera brillante en los ejercicios militares que se practicaron. Tenia de 35 á 40 años, era de her

mosa presencia, muy diestro á caballo, en torear y demás maniobras del campo, de cuyas resultas tenia estropeado el brazo izquierdo: su carácter era resuelto, precipitado y de un valor fogoso.

Don Juan Aldama era capitan del mismo cuerpo y tambien vecino de San Miguel. Su hermano el licenciado don Ignacio, que tomó parte en la revolucion despues de comenzada, habia abandonado la abogacía, que era en aquel tiempo poco productiva en las poblaciones del interior, para dedicarse al comercio, en el que fué protegido por amigos generosos, y con honradez y laboriosidad habia logrado formar un capital de 40.000 pesos. Don Juan, con pocas ilusiones, valorizaba el peligro, pero una vez lanzado á la revolucion siguió su impulso sin detenerse hasta el fin.

El mas jóven é inesperto de los conspiradores era don Mariano Abasolo, capitan del mismo regimiento de la Reina y vecino de Dolores: tenia 27 años y habia heredado de su padre un caudal considerable, al que habia agregado el de su esposa, con quien hacia poco tiempo habia

casado, siendo esta heredera de [un rico español avecindado en Chamacuero.

Desde cuándo comenzó Hidalgo á pensar en ejecutar la revolucion de que fué declarado jefe, es cosa que no puede determinarse. Segun él mismo declaró en su causa, « aunque habia tenido con anticipacion varias conversaciones con Allende acerca de la independencia, eran de poco discurso, no obstante su conviccion de que la independencia seria útil al país, sin pensar por entonces sériamente en entrar en proyecto alguno, á diferencia de Allende que siempre estaba propenso á hacerlo, sin disuadirlo tampoco Hidalgo, aunque se le dijo en alguna ocasion que los autores de semejantes empresas no gozaban jamás de su fruto. » Mas por varios indicios se tiene entendido que estaba ya resuelto desde el principio del año de 1810. Sábese que se dedicó á estudiar en un Diccionario de ciencias y artes el artículo relativo á artillería y fabricacion de cañones, y á la lectura en la Historia universal de la conspiracion de Catilina.

Una traicion precipitó los sucesos y puso en vigilancia á las autoridades. Don Mariano Galvan, dependiente de la oficina de Correos de

Querétaro, que funcionaba como secretario en las juntas que se celebraban, cuando vió todo preparado á estallar, por temor ú otro sentimiento denunció la conspiracion al administrador de la misma don Joaquin Quintana, quien se apresuró á participarla al gobierno con todos los minuciosos detalles que se le revelaron : el autor de esta perfidia fué premiado con un empleo mas lucrativo que el que tenia.

Trataba entre tanto el cura Hidalgo de proveerse de armas, haciendo fabricar lanzas en la hacienda de Santa Bárbara perteneciente á los Gutierrez, é intentó ganar al batallon provincial de infantería de Guanajuato. Con este fin llamó á Dolores, con el pretesto de unas fiestas, al tambor mayor y maestro de música de aquel cuerpo Juan Garrido, y á los sargentos Dominguez y Navarro : propúsoles su plan y les ofreció hacerlos oficiales del mismo batallon en lugar de los españoles que lo eran y habian de ser destituidos. Todos convinieron en ello, pero de regreso á Guanajuato, Garrido denunció el 13 de Setiembre lo que habia pasado con Hidalgo al capitan de su cuerpo don Francisco Bustamante, quien lo puso en conocimiento de su mayor Ber-

zabal, el cual dió parte al intendente Riaño. Llamado por este Garrido, confirmó la denuncia y entregó sesenta pesos que el cura le habia dado para la tropa. Riaño ordenó al subdelegado de San Miguel que de acuerdo con la autoridad militar procediese á la prision de Allende y Aldama, y pasase á efectuar lo mismo á Dolores con el cura Hidalgo; órden que Allende interceptó por aviso oportuno que de Guanajuato tuvo de ese incidente.

Tres dias despues el capitan Arias, comprometido tambien en la revolucion, que estaba, segun se ha dicho, en Querétaro con su compañía del regimiento de Celaya, sospechando que el plan habia sido descubierto, se denunció á sí mismo, dirigiéndose al sargento mayor de su cuerpo, Alonzo, á quien entregó las cartas que habia recibido de Hidalgo y Allende, en las que le hacian prevenciones sobre el movimiento que iban á hacer.

Esta denuncia de Querétaro fué el complemente á las anteriores que desconcertaron los proyectos larga y maduramente combinados para un resultado decisivo, siendo su consecuencia la prision de los comprometidos inclu-

se el corregidor Dominguez y su esposa; pero esta digna heroina, sin perder la serenidad en el peligro, encontró modo de hacer llegar á conocimiento de Allende la catástrofe que los heria para que lo comunicara á sus compañeros y se pusieran en salvo.

Aldama, que salió de San Miguel apresuradamente luego que recibió el aviso que la corregidora de Querétaro mandaba á Allende, llegó á Dolores á las dos de la mañana del dia 16, y se fué en derechura á la casa de Hidalgo: este se habia recogido, pero habiendo hablado Aldama con Allende, entraron ambos á su recámara á instruirle de lo que pasaba. El cura se incorporó, mandó se sirviese chocolate á Aldama, y oyendo tranquilamente, mientras se vestia, la relacion que este le hizo, al ponerse las medias le interrumpió diciendo: « caballeros, ha llegado el momento de obrar con resolucion, y no hay mas recurso que lanzarse á la lucha contra nuestros dominadores. » La determinacion de Hidalgo era irrevocable, y de acuerdo con su hermano don Mariano y de don José Santos Villa á quienes hizo llamar, salió de su casa con ellos, Allende, Aldama y diez hombres armados

que tenia en ella, se dirigió á la cárcel, donde tomó á los detenidos, habiendo así en esas supremas circunstancias logrado reunir violentamente hasta ochenta hombres, que se armaron con las espadas de las compañías del regimiento de la Reina, cuyo cuartel franqueó el sargento Martinez, reuniendo los soldados que pudo.

En vez de dirigirse Hidalgo con la gente que habia reclutado del mismo pueblo de Dolores y de las haciendas inmediatas, que ascenderian á unos 300 hombres, á Guanajuato, como en aquella ciudad se temió, marchó á San Miguel el Grande el mismo dia 16. A medida que en esta y en las siguientes marchas atravesaba los campos y las aldeas, se le iba agregando gente en número considerable; los vaqueros y sirvientes de las haciendas formaban la caballería, armada con las lanzas que se ha dicho habian sido construidas con anticipacion y con las espadas y machetes que estos mismos hombres acostumbraban llevar en sus trabajos ordinarios : muy pocos tenian pistolas ó carabinas. La infantería la formaban los indios, divididos por pueblos ó cuadrillas, armados con palos, fle-

chas, hondas y lanzas. Los caporales y mayordomos de las haciendas que habian tomado partido, hacian de jefes de la caballería : á los indios los mandaban los gobernadores de los pueblos, ó los capitanes de las cuadrillas de las haciendas, de cuya multitud una gran parte carecian de armas. Para el pago de los haberes, se estableció una tesorería, á cargo de don Mariano Hidalgo, hermano del cura.

Desde San Miguel, á donde se unió al caudillo de Dolores, todo el regimiento de caballería de la Reina, dispuesto á ello por los capitanes y subalternos, y donde se tomó tambien una remesa de pólvora que iba para Méjico, destinada á las minas, siguió ese ejército improvisado rodeando la Sierra de Guanajuato con direccion al Nordeste, y el 20 de Setiembre se presentó delante de Celaya, en cuya ciudad hizo su entrada al dia siguiente con gran solemnidad. El cura iba á la vanguardia de su tropa, acompañado de Allende, Aldama y los demás jefes, llevando el cuadro de la Virgen de Guadalupe, que hasta entonces era la enseña nacional que se enarboló[1] : seguíale la música del regimien-

[1] Si Hidalgo puso la revolucion que acaudillaba bajo el

to de la Reina, con unos cien dragones de este cuerpo, siguiendo la columna de su gente.

Al otro dia convocó Hidalgo al ayuntamiento, al que concurrió el subdelegado nombrado entonces, dos regidores que habian quedado, por haber huido los europeos, y los vecinos principales que fueron citados. Se presentó á esa asamblea con los demás jefes, y dirigió un discurso patriótico y en términos nuevos que electrizaron, manifestando el plan grandioso del movimiento que desarrolló con claridad y conviccion, siendo desde luego unanimemente y con entusiasmo aceptado por todos. Hasta entonces Hidalgo no habia tenido título alguno predominante sobre sus compañeros, aunque estos por consideracion á su edad, carácter y reputacion de sabiduría, le habian dejado de hecho el mando principal; pero en esta sesion popular fué declarado general, confiriéndose el empleo de teniente general á Allende, y otros inferiores á los demás jefes. Engrosóse allí el ejército que

patronato de la Vírgen de Guadalupe, de orígen mejicano, el virey, para combatirla, declaró capitana generala del reino á la Vírgen de los Remedios, imájen traida de España, colocándola en ceremonia pública el baston y banda, insignia de esa dignidad.

contaba siete dias de creacion, con las compañías del regimiento provincial, que no habian podido unirse á su coronel, cobrando ánimo para mayores empresas. Veamos ahora cuáles eran las disposiciones que dictaba el virey, tan luego como supo que la revolucion habia estallado.

CAPITULO IV

Disposiciones del virey para sofocar la revolucion. — Excomunion del obispo de Valladolid y de la Inquisicion contra los revolucionarios. — Recibe aviso de lo ocurrido el intendente de Guanajuato. — Medidas que dicta. — Alhóndiga de Granaditas. — Redúcese la defensa á la Alhóndiga. — Abolicion de tributos. — Marcha Hidalgo á Guanajuato. — Intima la rendicion. — Respuesta del intendente. — Entran los insurgentes en la ciudad. — Ataque de la Alhóndiga. — Muere el intendente. — Confusion de los sitiados. — Entran en ella los sitiadores. — Saqueo de Guanajuato por la plebe. — Providencias para reprimirlo. — Organizacion del ejército y otras disposiciones.

La dispersion del canton que Iturrigaray habia formado, y efectuó el gobierno de Garibay, dejó á Venegas sin un cuerpo de ejército de que poder disponer prontamente segun la ocasion lo demandase, habiendo quedado en consecuencia de aquella medida esparcidas las tropas en las provincias, espuestas á la seduccion, como aconteció con el regimiento de la Reina, y sucesivamente con otros. Venegas se encontraba además acabado de llegar, sin conocer el país ni la gente. Era sin embargo preciso situar en Querétaro una fuerza respetable, y al efecto

hizo salir para aquel punto la que guarnecia la capital, dando el mando de ella, al coronel Flon, conde de la Cadena : dentro de poco se puso tambien en camino la columna de granaderos con dos batallones cada uno de siete compañías, con los regimientos de dragones de línea y el provincial de Puebla al mando del europeo don José Talon. Para reemplazar estos cuerpos en la capital, hizo venir á ella las tropas de Puebla y de las Tres Villas, quedando en Orizaba el regimiento de Tlascala. Pero como todas estas fuerzas eran sumamente desproporcionadas para sofocar una revolucion que amenazaba incendiar todo el reino, hizo subir á Méjico la tropa de mar de la fragata *Atocha* en que el mismo Venegas habia venido, con su comandante el capitan de navío don José Polier, de cuya oficialidad salieron algunos jefes que adquirieron en el curso de la guerra mucha nombradia, en especial don Pedro Celestino Negrete. El lenguaje impío, obsceno y descomedido de estos marinos y sobre todo su comportamiento insolente mientras estuvieron en el país, no era lo que podia reconciliar los ánimos prevenidos contra los españoles, y asi fué que

esa tropa irritó mas las pasiones. Al mismo tiempo que el virey reunia estas fuerzas en Querétaro y Méjico, ponian sobre las armas las de sus brigadas en San Luis Potosí y Guadalajara los comandantes de ellas don Félix María Calleja y don Roque Abarca, de cuyas operaciones y resultado se tratará en su respectivo lugar. Finalmente todo el país fué puesto sobre las armas, inclusos los vecinos de mas de diez y seis años de edad que pudiesen sostenerse sin sueldo, de cuyos batallones era coronel el mismo virey.

Con el fin de asegurar la fidelidad del pueblo, hizo Venegas que se declararan exhonerados á los indios del tributo que fraguaban, y que se asistiera con dotaciones á los subdelegados y gobernadores de los mismos indios. El obispo de Michoacan y la inquisicion declararon que Hidalgo y sus compañeros habian incurrido en la escomunion mayor del canon : *Si quis suadente diavolo*, prohibiendo bajo la misma pena de escomunion mayor, *ipso facto incurrenda*, que se les diese socorro, ayuda y favor etc., etc.

El intendente de Guanajuato recibió el dia 18 de setiembre el aviso de todo lo ocurrido en

Dolores en la mañana del 16, y creyendo que Hidalgo marcharia sin demora sobre la capital de la provincia, reunió la guarnicion y mandó tocar generala. Resuelto á defenderse dentro de la ciudad, hizo cerrar las calles principales con fosos y parapetos de madera, formando un recinto que comprendia la plaza y la parte mas importante de la poblacion; dió órden para que se pusieran sobre las armas y acudiesen á la ciudad los escuadrones del regimiento del Príncipe y mandó correos estraordinarios haciendo conocer su posicion, y pidiendo prontos ausilios al virey á Calleja y al presidente de la audiencia de Guadalajara.

A la entrada de la ciudad existe un grande y sólido edificio de dos pisos, cuyo costado tiene ochenta varas de longitud, adornado con ventanas practicadas en lo alto de cada troje, dándole el aire de un castillo, el cual el mismo Riaño mandó construir con objeto de que sirviera de depósito para el maiz, durante las escaseces de este artículo de primera necesidad para el pueblo y para el sustento de infinidad de bestias que trabajaban en las minas. Este fué el punto en que el intendente resolvió de-

fenderse, y en la noche del 24, sin que nadie llegase á entenderlo, hizo trasladar á él la tropa y paisanaje armado, los caudales reales y municipales que ascendian á 620.000 pesos, así como los archivos del gobierno.

Al amanecer el dia 25 quedó sorprendida desagradablemente la poblacion, contemplando cegados los fosos, derribadas las trincheras; sabiendo lo ocurrido la noche anterior, y que se habian encerrado en la Alhóndiga todos los españoles con sus caudales, y los mejicanos que les eran adictos. Entretanto, tomábanse en ese edificio todas las medidas necesarias para ponerlo en estado de defensa y sostener en él un sitio que no debia ser largo, pues Calleja contestando á Riaño, lo exhortó á que se sostuviese, ofreciéndole con fecha 24, que en toda la próxima semana estaria con sus tropas delante de Guanajuato. Los víveres en cantidad considerable fueron acopiados para varios meses, no faltando tampoco el agua, pues habia dentro del fuerte un grande algibe.

Para halagar al pueblo, hizo el intendente publicar con mucha solemnidad, un bando en la mañana del 26, aboliendo el pago de tribu-

tos; esa concesion, vista las circunstancias en que se otorgó, no solo fué vista con frialdad, sino atribuida á un sentimiento de temor, dando lugar á burlas, que acabaron de decidir el espíritu de la muchedumbre de una manera funesta para el gobierno. Es que en los momentos de revolucion, las providencias mas benéficas fuera de la oportunidad, producen el resultado enteramente contrario al que se desea.

Hidalgo, desistiendo por entonces de todo intento sobre Querétaro, que se habia puesto en un estado formidable de defensa, contramarchó desde Celaya sobre Guanajuato, aumentando á cada paso la multitud que le seguia. El viernes 28 de Setiembre, esto es, catorce dias despues del movimiento de Dolores, se presentó ante Guanajuato, intimando rendicion al intendente, en su calidad de capitan general de América, proclamado por cincuenta mil hombres en los campos de Celaya. Riaño contestó que « él y su tropa no conocian otro capitan general que al virey de Nueva España, ni mas modificaciones en el gobierno que las que acordaran las Córtes reunidas en la península. »

Hidalgo, al pié de su comunicacion oficial, recordando la amistad que lo habia ligado con el intendente, le ofrecia un asilo para su familia en caso desgraciado. Este dirigió su última comunicacion á Calleja diciéndole : « Voy á pelear, por que voy á ser atacado en este instante; resistiré cuanto pueda por que soy honrado; vuele V. S. á mi socorro... á mi socorro! »

Distribuyó Riaño su tropa para recibir á los independientes, colocando una parte del batallon y paisanos armados en la azotea del castillo : las trincheras se encargaron á destacamentos del mismo cuerpo, y la hacienda inmediata de Dolores á los voluntarios, nombró la guardia y la reserva, estendiendo la caballería del príncipe en la bajada del rio de la Cata.

La gente del pueblo de Guanajuato se dejaba ver por las alturas circunvecinas, los unos ya decididos á unirse con Hidalgo, los otros, y no eran los menos, unicamente á estar en observacion para lanzarse al pillaje. La de las minas vino á ocupar el cerro del cuarto, principalmente la de la Valenciana escitada por el administrador de aquella negociacion don Casimiro

Chowell, quien estaba de antemano comprometido con Hidalgo.

Poco antes de las doce se presentó por la cañada del Marfil un numeroso peloton de indios con pocos fusiles, y los mas con lanzas, hondas, palos y flechas llegando hasta el pié de la trinchera, apoyada en la cuesta de Mendizabal, que mandaba don Gilberto Riaño, hijo del intendente, quien rompió inmediatamente el fuego de artillería; los demás pelotones de indios, á pié, que ascendian á veinte mil hombres, á quienes se unieron la plebe de Guanajuato y trabajadores de las minas, iban ocupando los cerros y alturas inmediatas á Granaditas, situándose en las azoteas de las casas contiguas los soldados de Celaya armados con fusiles, mientras que un cuerpo de cosa de dos mil hombres de caballería, compuesto de gente del campo con lanzas, mezclado entre las filas de los dragones del regimiento de la Reina, á cuyo frente estaba Hidalgo, formaba en un flanco de la columna.

El intendente, notando que el grueso de los enemigos se agolpaba por el lado de la trinchera situada en la bocacalle de los Pocitos, que mandaba el capitan Telmo Primo, creyó necesario

reforzar aquel punto, tomando una compañía de infantes que, con mas arrojo que prudencia, fué personalmente á colocarlos: al regresar, pisando ya los escalones de la Alhóndiga, recibió una herida de bala de fusil en el ojo izquierdo, cayendo muerto en el acto.

Este suceso introdujo la division y la discordia entre los defensores del castillo. El asesor de la intendencia pretendia que en él debia recaer el mando, proponiendo capitular. Berzabal sostenia que siendo aquel un mando puramente militar y no del órden civil él lo tomaba conforme á ordenanza, como oficial de mayor graduacion, y que estaba resuelto á la defensa. Sin que esta disputa pudiera decidirse, la confusion del ataque hizo que todos mandaran, y que en breve ninguno obedeciera, escepto los soldados que siempre reconocian á sus jefes. La muchedumbre reunida en el cerro del Cuarto comenzó una descarga de piedras á mano y con hondas tan contínua que escedia al mas espeso granizo, y para tener provistos á los combatientes, enjambres de indios y la gente de Guanajuato, unidos á ellos, subian sin cesar del rio de la Cata las piedras rodadas que cubren el fondo de aquel

torrente. Las trincheras y azotea fueron abandonadas, concentrándose la tropa en la Alhóndiga, cuyas puertas se cerraron. Sin obstáculo ya que los detuviera los asaltantes se precipitaron por todas las avenidas hasta el pie del edificio, y era tal la muchedumbre que los que delante estaban eran empujados por los que los seguian, sin que fuera posible volver atrás, como en una tempestad las olas del mar son impelidas las unas por las otras, y van á estrellarse contra las rocas. La caballería realista fué enteramente arrollada, unos tomaron la fuga y el resto se pasó á los vencedores.

Berzabal, viendo que los asaltantes incendiaban la puerta sin que los detuviera el fuego nutrido que se les hacia de la altura y los frascos de azogue convertidos en granadas de mano que se les arrojaba, consumida aquella por el fuego mandó hacer una descarga cerrada que causó grandes estragos ; pero el impulso poderoso de la muchedumbre llevó adentro á los que estaban delante, pasando sobre los muertos y arrollándolo todo con ímpetu irresistible. Berzabal, retirándose entonces con un puñado de hombres que le quedaban á uno de los ángulos del patio,

defendió las banderas de su batallon hasta perder la vida.

Dueño Hidalgo de la Alhóndiga y sin enemigos ya á quien combatir, se dedicó á contener la matanza de españoles y saqueo de sus propiedades, á que el pueblo se entregaba con la sed del frenesí, para saciar con aquellos actos reprobados los ultrajes inferidos en siglos de una ruda dominacion, pudiendo apenas sus esfuerzos contener esa vorágine desenfrenada que todo lo hacia sucumbir á su venganza, viéndose precisado para ser obedecido á mandar hacer fuego sobre los grupos que forzaban las tiendas. A fin de restablecer el órden, se publicó un bando imponiendo penas severas al que quebrantara las prescripciones gubernativas que contenia, estableciéndose además guardias en las casas de algunas familias que necesitaban esa garantía.

Hidalgo previno que se pusiera en libertad á todos los mejicanos que habian sido presos en Granaditas, con escepcion del tambor mayor Garrido, que habia traicionado su confianza denunciando el plan revolucionario que le confió, á quien reservaba un castigo, que sin embargo,

... clemencia, no tuvo efecto. En los
... volver á sus casas á va-
... españoles, y los demás
... cuartel de infantería,
... ligeramente heridos y
... Albóndiga, asistiéndoles
... con todo lo que ne-
... presentaron espontánea-
... para que no se les
... Riaño, que
... su ropa y
... una barra de
... que se creyó por
... de sus heri-
... si se
... rehusó.
... de las
... dos re-
... se
... para azogue,
... horizontalmen-
... de cerradura, en
... y por un oido que
... invencion que no
... los franceses reman-

taban al disparar hiriendo frecuentemente al soldado. Se estableció una fundicion de cañones, que resultaron muy imperfectos, y se construyeron algunos de madera reforzados con aros de hierro en el esterior, que no fueron de mucho uso, y finalmente á la vez que se daba la organizacion posible al ejército, se instaló una casa de moneda para poner en circulacion la plata en pasta que habia y las que las minas continuaban produciendo, sin que ninguno de estos trabajos impidieran el constante de propagar la revolucion por medio de emisarios y cuantos eran conducentes para lograrlo.

En medio de su triunfo, contemplaba Hidalgo con desasosiego los grandes preparativos de guerra que con ventajosísimos elementos se hacian en San Luis Potosí por el comandante de brigada Calleja; sin embargo, no teniendo ya objeto en Guanajuato, se resolvió á marchar á nuevas empresas, utilizando los recursos que le habia proporcionado la ocupacion de esa ciudad.

CAPITULO V

Recibe aviso de la revolucion el comandante de la brigada de San Luis don Félix Calleja. — Preparativos para entrar en campaña. — Fondos de que dispuso. — Encuentro de las avanzadas independientes con las tropas de Flon á inmediaciones de Querétaro. — Marcha Hidalgo á Valladolid. — Su entrada. — Levántase la escomunion. — Severidad usada para impedir el saqueo. — Aumenta Hidalgo sus fuerzas. — Sale para Méjico. — Revista en Acambaro en que se le nombra generalísimo. — Marcha Flon á unirse con Calleja. — Saquean los españoles varias casas en San Miguel — Ataca Sanchez á Querétaro. — Batalla en el Monte de las Cruces. — Conflicto en la capital. — Parlamentarios de Hidalgo. — Motivos que decidieron la retirada de Hidalgo. — Enemistad de Allende con Hidalgo. — Encuentro de los dos ejércitos en Aculco. — Estado del país despues de la batalla.

Calleja se hallaba en la hacienda de Bledos, perteneciente á su esposa, cuando llegó á su noticia la gravedad de los acontecimientos que pasaban, y sin esperar órdenes del virey se trasladó violentamente á San Luis Potosí, salvándose así de un inminente peligro, pues dos horas despues de su salida llegó una partida de tropa que Hidalgo habia destacado en su busca. Una vez llegado á aquella ciudad, sin esperar órdenes del virey, y haciendo uso de la plenitud de facultades que eran indispensables en esas circunstancias, reunió todas las fuerzas de su bri-

gada y con la cooperacion decidida de los ricos hacendados españoles de la demarcacion de su provincia, levantó en pocos dias nuevos cuerpos ante los que, colocando bajo un dosel el retrato de Fernando VII, exigió un solemne juramento de fidelidad á aquel soberano, instruyéndolos de la revolucion que habia estallado en Dolores que atribuyó á influjo de Napoleon para apoderarse del país; es de advertir que igual arma de partido usaban los insurgentes respecto de los realistas, pretendiendo que estos obraban en tal sentido.

Para atender á los gastos considerables que los preparativos de Calleja invertian, hizo uso de los fondos que habia en las cajas reales que ascendian á 382.000 pesos, y además los particulares exhibieron, en calidad de préstamo, 505.000 pesos. A esta abundancia de fondos, de que ese jefe pudo disponer, á su estraordinaria actividad y al influjo que ejercia entre sus compatriotas los propietarios de la provincia, debió el virey Venegas tener un ejército potente que oponer á la revolucion que principiaba á propagarse con velocidad.

Las avanzadas de los independientes se acer-

caron entretanto á Querétaro, y Flon destacó contra ellas una division de seiscientos hombres á las órdenes del sargento mayor don Bernardo Tello, quien viendo que no eran en número considerable, resolvió la accion, en la que los indios, no conociendo el efecto de la artillería, se precipitaban sobre ella, creyendo defenderse con presentar á las bocas de los cañones sus sombreros de paja: así, pues, fué grande la mortandad que tuvieron, siendo completamente desbaratados. Aunque de poca importancia este encuentro, fué aplaudido como victoria por los realistas por ser la primera batalla dada en campo raso á los rebeldes, y se la miró como un feliz presagio de las sucesivas.

Calleja y Flon, por un movimiento combinado sobre Guanajuato, hubieran podido estinguir la revolucion casi en su orígen, pero el secreto de la debilidad de los insurgentes no estaba descubierto todavía, y Calleja no habia concluido sus preparativos ni Flon debia emprender nada por sí solo antes de su reunion con aquel, segun el plan de operaciones dictado por el virey. Recelosos así unos de otros, como sucede cuando no se sabe todavía de lo que es capaz un

enemigo, asegurado Hidalgo de que Calleja no se moveria en algun tiempo, y esperando acaso que no le permitirian hacerlo las inquietudes que se suscitasen en San Luis por las inteligencias que allí tenia, resolvió ponerse en marcha sobre Valladolid, dejando á Guanajuato á disposicion del enemigo, pues eran insignificantes los medios de defensa que allí quedaron. Quizá por una tendencia de vanidad inherente en la naturaleza humana, y perdonable en ciertas circunstancias, entraba en esta idea la satisfaccion de presentarse como vencedor en la ciudad en que habia pasado como estudiante sus primeros años, y hacerse acatar en ella por los aristócratas y altivos canónigos ante los cuales tantas veces el humilde cura tenia que presentarse como suplicante.

El lunes 8 de Octubre salió de Guanajuato una vanguardia de tres mil hombres á las órdenes de don Mariano Jimenez, hecho coronel por Hidalgo, y este le siguió con los demás generales y todo el ejército el dia 10. Díjose que la marcha era sobre Querétaro, pero tomando hácia el Sur dividida la gente en dos trozos, se dirigió á Valladolid por el Valle de Santiago y Acámbaro,

engrosando su número los indios y gente del campo de todos los lugares del tránsito.

Tratábase en Valladolid de hacer resistencia contando con el regimiento de infantería provincial y con las compañías que se levantaron al saberse el pronunciamiento de Dolores, á cuya cabeza estaba el prebendado don Agustin Ledos, por que en aquella poblacion, enteramente levítica, los canónigos eran todo; pero esas béli cas disposiciones se entibiaron, cuando se supo que los coroneles García, Conde y Rul y el intendente Merino, despachados de Méjico para poner en estado de defensa aquella ciudad y provincia, habian sido presos cerca de Acámbaro por el torero Luna y remitidos á Hidalgo.

Al aproximarse este, palpándose la insuficiencia de tales preparativos, resolvieron el asesor Teran, que funcionaba de intendente, el obispo, varios canónigos y muchos de los europeos avecindados allí, retirarse á Méjico; mas no pudiendo seguir el camino directo por ser el mismo que traian las fuerzas contrarias, tomaron diversas direcciones, llegando á la capital el obispo; pero el asesor, con otros muchos, fué detenido en Huetamo por el cura, que puso en

alarma al pueblo y de allí fué vuelto á Valladolid y puesto en poder de Hidalgo. Don Agustin de Iturbide salió de la ciudad con setenta hombres de su regimiento que quisieron acompañarle, y aunque Hidalgo le hizo proponer el empleo de teniente general si se unia á él, Iturbide lo rehusó y continuó su marcha á presentarse al virey.

Una comision, compuesta del canónigo Betancourt, del capitan Arancibia y del regidor Huarte, se adelantó á recibir á Hidalgo al pueblo de ndaparapeo, á cinco leguas de Valladolid. El 15 de Octubre entró en aquella ciudad el coronel Rosales, el 16 Jimenez y el 17 Hidalgo con todo el grueso de su gente, y fué recibido con repique de campanas y demás solemnidades en tales casos acostumbradas.

Habia quedado por gobernador de la mitra, á la salida del obispo, el canónigo conde de Sierra Gorda, quien se apresuró á alzar la escomunion impuesta por aquel prelado á Hidalgo y á los que le acompañaban. Mucho debieron perder de su fuerza las armas de la iglesia viéndolas emplear así á discrecion de los partidos.

Durante la celebracion de la misa de gracias

por la entrada á la ciudad del caudillo de la independencia, multitud de indios se lanzaron impetuosamente sobre las casas de algunos españoles prófugos para saquearlas. A fin de contener este desórden, Allende hizo los mayores esfuerzos y mandó disparar un cañon contra los obcecados, conteniendo el estrago que produjo los atentados que se pretendia perpetrar. Injusto es que escritores apasionados atribuyan á Hidalgo la autorizacion de los lamentables desórdenes consiguientes á las pasiones violentas que germinaban entre las razas opuestas que se hacian la guerra, pues ya hemos visto la energía con que trataba de enfrenarlos.

La toma de Valladolid proporcionó al caudillo de Dolores un aumento de fuerzas y recursos. Uniósele allí el regimiento de infantería provincial, ocho compañías de voluntarios de la propia arma, que se habian recientemente organizado y el regimiento de dragones de Michoacan. Ocupó los fondos públicos, así como algunos depósitos de españoles que existian en la catedral, dejándole para sus gastos doce mil pesos y conociendo la importancia de ocupar á Méjico antes que Calleja y Flon se moviesen, to-

madas las providencias necesarias para el gobierno de Valladolid, emprendió su marcha el 19 de Octubre y volvió á Acámbaro en donde pasó una revista general á su ejército que ascendia á mas de ochenta mil hombres, que dividió en regimientos de á mil. Allí fué proclamado generalísimo, y en la promocion que se hizo fué ascendido á capitan general Allende y á tenientes generales Aldama, el padre Balleza, Jimenez y aquel mismo Arias á quien hemos visto hacer tan diversos papeles en Querétaro. Abasolo fué hecho mariscal de campo.

En los mismos dias que Hidalgo emprendió su marcha sobre la capital, el conde de la Cadena salió de Querétaro para verificar su reunion con Calleja en Dolores, á su paso por San Miguel el Grande, abandonó á sus soldados para que saqueasen las casas de Canal, de Allende y de Aldama.

Al separarse Calleja de San Luis, puso presos en el convento del Cármen á varios individuos que le eran sospechosos y estableció una junta de seguridad, facultada á castigar hasta con la pena de muerte. Su ejército tomó el nombre de

Ejército de operaciones contra los insurgentes y constaba de cuatro mil infantes, tres mil caballos, un batallon de ingenieros y ocho cañones. Entretanto fué atacado Querétaro el 30 con la gente del campo que habia levantado don Miguel Sanchez, pero fué rechazado y se retiró á San Juan del Rio.

Mientras que Calleja concentraba sus fuerzas en Dolores, donde mandó saquear la casa de Hidalgo, este se dirigia por Maravatio é Ixtlahuaca sobre Méjico. El virey destacó para que observara sus movimientos y lo detuviera, al teniente coronel don Torcuato Trujillo que habia venido con él de España, poniendo á sus órdenes una division de tres mil hombres. Este jefe se situó en Lerma y tomó posesion en la orilla del rio que pasa por aquella pequeña ciudad. No avistándose los independientes el dia 28, Trujillo presumió que se habian dirigido al puente de Atengo, situado algunas leguas mas arriba, con el fin de pasar por el rio y envolverlo por su retaguardia. Destacó alguna fuerza para defender aquel punto y dió órden de que se destruyera el puente, lo que no se ejecutó con puntualidad. El 29 se dejó ver la van-

guardia de Hidalgo por el camino de Toluca, pero Trujillo sospechó que no era mas que un ataque falso y que el verdadero se haria por el puente de Atengo. Así fué en efecto, el comandante de la fuerza colocada allí pidió refuerzo, y aunque se le mandó llegó tarde, pues los insurgentes habian forzado ya el punto y avanzaban á ocupar el camino por donde únicamente podia Trujillo retirarse á Méjico. Esto le obligó á abandonar el puente de Lerma, replegándose al monte de las Cruces, fuerte posicion á seis leguas de la capital que domina el camino de Toluca; media hora despues se destacaban con el mismo intento las fuerzas contrarias, á quienes contuvo el fuego de la gran guardia y avanzadas.

A las once de la mañana del 30 presentó Hidalgo su columna de ataque. Veíanse á su cabeza el regimiento de Valladolid, parte de los de Celaya y Guanajuato y por los costados y retaguardia los regimientos de caballería de la Reina, Príncipe y Pazcuaro, pero que por hallarse sin jefes de instruccion habian perdido su primitiva disciplina; traia á su frente cuatro malos cañones de madera. Seguian á Hidalgo una mu-

chedumbre de indios que no bajaban de ochenta mil; estos ocuparon las alturas inmediatas, armados de piedras y palos y con contínuos gritos y alaridos trataban de inspirar temor á sus contrarios.

Colocó Trujillo en los puntos mas ventajosos la artillería que pocos momentos antes le habia sido mandada de Méjico, y para aprovechar mejor sus tiros, haciendo que el enemigo se acercase con confianza no sabiendo que la tuviese, la hizo cubrir con ramas y dispuso que las guerrillas se replegaran á su línea de batalla, sin empezar la accion hasta que estuviesen inmediatos los insurgentes para causarles mayor estrago. Mandó entonces hacer fuego á metralla, con lo que puesta en desórden la cabeza de la columna enemiga retrocedió y comenzó á hacer uso de su artillería. Trujillo practicó un movimiento por sus dos flancos, disponiendo que por el izquierdo atacara la derecha de los insurgentes el capitan Bringas, mientras que con el opuesto ocupaba un monte inaccesible cubierto de pinos para romper desde él el fuego dominando la izquierda del enemigo. Conducia á estas tropas don Agustin Iturbide y fué la primer

accion de guerra en que se encontró. El ataque sobre la derecha de los independientes tuvo su efecto causándoles mucha pérdida, pero la sufrió tambien muy considerable la tropa de Bringas y él mismo cayó gravemente herido, lo que produjo el desaliento en sus filas. Trujillo reducido á un pequeño espacio y hallándose tan cerca de sus contrarios que se podia entrar en contestaciones, lo invitaron á que abrazase su partido con proposiciones tan elocuentes, que algunos de sus oficiales, teniéndolas por justas, le hicieron salir por tres veces á oirlas al frente de su línea, y entreteniéndolos con alguna esperanza de suceso, los atrajo con estas pláticas hasta muy cerca de sus bayonetas, y en seguida mandó hacer fuego sobre ellos, con lo que hizo caer gran número. Este hecho miserable empañó la conducta valerosa de dicho jefe en la jornada. Muerta la mayor parte de su gente, con multitud de heridos y en la imposibilidad de sostenerse, resolvió Trujillo retirarse abandonando sus cañones, lo que verificó logrando llegar con los restos de su tropa hasta Santa Fé donde pasó la noche sin ser molestado y al dia siguiente entró en Méjico.

La victoria decisiva del monte de las Cruces, abria á Hidalgo sin sérios obstáculos las puertas de la capital de la Nueva España; así lo sabia él y esa conviccion tenia tambien el virey, cuando en carta particular escribia á Trujillo. « Trescientos años de triunfos y conquistas de las armas españolas en estas regiones nos contemplan; la Europa tiene sus ojos fijos sobre nosotros; el mundo entero va á juzgarnos; la España, esa cara patria, por la que tanto suspiramos, tiene pendiente su destino de nuestros esfuerzos y lo espera todo de nuestro celo y decision. Vencer ó morir es nuestra divisa. Si á usted le toca pagar este tributo en ese punto, tendrá la gloria de haberse anticipado á mí de pocas horas en consumar tan grato holocausto: yo no podré sobrevivir á la mengua de ser vencido por gente vil y fementida. » Esta accion reveló á Venegas un punto de la mayor importancia: la tropa mejicana se batia contra sus paisanos de lo que antes estaba incierto, y esto le infundió alguna esperanza, y en consecuencia para escitar el estímulo de aniquilamiento en una lucha fratricida, concedió en premio del valor demostrado, escudos á la tropa y ascensos á

la oficialidad. Iturbide obtuvo el empleo de capitan del batallon de Tula.

El pánico general en la populosa y opulenta capital era indescriptible é innecesario narrar. Se tenia por todos la certidumbre de que al presentarse á su frente las vencedoras huestes independientes, la plebe oprimida por largas y dolorosas vejaciones, se desplomaria ávida sobre los europeos, entregándose al saqueo y toda clase de atentados. La tropa útil para la defensa de una línea estensísima, consistia apenas en dos mil hombres desmoralizados, lo cual habia obligado á Venegas á mandar subir para Méjico las tripulaciones de los buques de guerra surtos en Veracruz que no habian llegado.

¿Qué faltaba, pues, al párroco de Dolores para coronar definitivamente su triunfo con la completa destruccion de sus enemigos? ¡Su voluntad solo! Pero esa voluntad se subordinó en circunstancias decisivas á un sentimiento supremo, que era la conciencia del sacerdote y la generosa humanidad del vencedor. Veamos en lo que sigue: como un momento de clemencia inoportuna, troca en mártires á los héroes, que una vez lanzados al impulso inconstante de la

fortuna, se detienen en el camino, en contemplaciones diversas del objeto esclusivo á que se dirigen.

A las tres y media de la tarde del dia 31 del mismo mes, se vió bajar por el camino de Coajimalpa un coche escoltado con cuatro dragones, que traia una bandera blanca. En él venian el general Jimenez con otros tres oficiales de graduacion, portadores de una intimacion dirigida al virey. Este no dió otra contestacion sino mandar que se volviesen los parlamentarios, con lo que todo el mundo tuvo por cierto que Hidalgo marcharia en seguida contra la capital, llenándose de alarma hasta las personas mas enérgicas.

Hidalgo permaneció en Coajimalpa sin hacer movimiento alguno los dias 31 de Octubre y 1° de Noviembre. Él observó lo prevenidas que estaban las masas indisciplinadas que formaban su ejército, á entregarse feroces al saqueo de las cuantiosas riquezas que encerraba la ciudad, y en consecuencia á la reproduccion en mayor escala de los horrores que habia deplorado en Guanajuato. Por las inteligencias que tenia en la plaza, sabia que la plebe estaba

igualmente preparada á consumar los propios escesos, esperando solo la aproximacion de los independientes para ponerlos en práctica. Su imaginacion le hacia ver la ruina y horfandad de millares de familias y su victoria manchada con la sangre de tantas víctimas indefensas. Por otra parte contemplaba la rapidez febril con que se propagaba la revolucion desde que enarboló su estandarte, y lo esperaba todo de su poderoso empuje, sin necesidad de desacreditarla ante el mundo con las devastadoras escenas que su entrada en Méjico producirian. Estas consideraciones de mucho peso sin duda, lo decidieron á levantar su campo, atrayéndose la enemistad de Allende que opinaba en sentido contrario y quien andaba ya desabrido por celos de autoridad, que llegaron mas adelante hasta un declarado rompimiento. En la retirada se redujo á la mitad la masa de gente, habiéndose vuelto á sus hogares los indios de los pueblos del tránsito, que se habian agregado al ejército por el atractivo del pillaje que se prometian.

Calleja que despues de su reunion con Flon, marchaba en auxilio de Méjico, supo que Hidal-

go se proponia atacar á Querétaro, y en consecuencia contramarchó para defender dicha ciudad, encontrándose en Arroyozarco la mañana del 6, las avanzadas de los dos ejércitos. Por una y otra parte se tomaron las disposiciones necesarias para el ataque que iba á tener lugar, colocándose los independientes en una loma á las inmediaciones de Aculco, que domina el pueblo y toda la campiña, circundada por los dos costados de Oriente y Norte de un arroyo y barranco de difícil paso. Sobre la eminencia de esa loma se formaron en dos líneas; en los bordes se colocó la artillería, quedando á la espalda una multitud de gente en desórden. Del pueblo á la loma habia una línea de batalla, que fué incorporándose á medida que avanzaban los realistas.

Dispuso el ataque Calleja en tres columnas de infantería con dos piezas de artillería cada una : los dos costados los formaban fuertes secciones de caballería con dos cañones ligeros cada una y la reserva para emplearla convenientemente. Hizo Calleja avanzar sus columnas, desplegando en batalla la infantería al acercarse á tiro de cañon para disminuir el

efecto de los fuegos del enemigo. Estas maniobras y los movimientos de la caballería, ejecutados con la precision y serenidad que en una parada, llenaron de terror á los insurgentes, para los cuales este espectáculo era nuevo. Rompieron estos los fuegos de su artillería con las punterías tan elevadas que pasaban las balas sin causar daño, sobre la cabeza de los realistas. Hizo entonces Calleja disparar la suya y mover al mismo tiempo su caballería, amenazando rodear la retaguardia enemiga. Esto decidió la batalla : las masas confusas y sin armas de los insurgentes se pusieron en fuga, arrastrando en ella á la poca tropa veterana, que sola no podia sostener el choque. Cuando llegaron á lo alto de la loma las columnas destacadas ya no encontraron enemigo ninguno á quien combatir, tomando no solo los cañones que pertenecian á Trujillo, sino todo el material de una guerra abandonada.

Hidalgo y Allende se dirigieron por diversos rumbos, manifestando hasta en esto la division que entre ellos habia y que cada incidente aumentaba. El primero se dirigió á Valladolid con solo cinco ó seis personas que le acompañaban,

y fué sin embargo recibido con pompa y entusiasmo; el segundo se retiró á Guanajuato.

La derrota de Aculco hizo desaparecer como el humo la fuerza principal de los insurgentes, habiéndose dispersado enteramente los cuarenta mil hombres que se presentaron en esa desgraciada jornada; pero no por eso terminó la revolucion como algunos se habian lisonjeado sucederia. La Nueva-Galicia, Zacatecas, San Luis Potosí y las provincias internas de Oriente habian sido agitadas por diversos agentes enviados por Hidalgo, y la revolucion habia triunfado en ellas, abriendo un nuevo campo y proporcionando mayores recursos á los independientes para la continuacion de la guerra. A las espaldas mismas de Calleja, Villagran, dueño de Huichapan y de sus inmediaciones, tenia interceptado el camino á la capital, en el que tomó un convoy con municiones destinado al ejército realista.

CAPITULO VI

Revolucion de la provincia de Nueva-Galicia. —Comisionados para propagar la rebelion. — Disposiciones del comandante de brigada Abarca. — Levanta el obispo el cuerpo que se llamó de la Cruzada. — Derrota de los realistas en Zacoalco. — Consternacion en Guadalajara. — Entrega de la ciudad á Torres. — Espedicion del cura Mercado á Tepic y San Blas. — Rendicion de la plaza. — Elementos que tenia. — Revolucion de Zacatecas. — Se hacen dueños de la plaza de San Luis Potosí dos legos de San Juan de Dios. — Preparativos de Allende para la defensa de Guanajuato. — Viaje de Hidalgo á Guadalajara. — Solemne recibimiento que se le hizo. — Establece su gobierno. — Sus disposiciones en ramo de guerra y administracion pública. — Progreso de la revolucion y sus consecuencias.

La provincia de Nueva-Galicia, durante los acontecimientos de que queda hecha mencion, era mandada por el brigadier don Roque Abarca, presidente á la vez de la Audiencia, cuyo funcionario, distante de tener la energía y ardiente actividad que caracterizaban á Calleja, era débil y vacilante en su política y disposiciones, lo que produjo su rompimiento con la misma Audiencia y que la revolucion se propagara rápidamente en los pueblos de esa línea.

El comisionado que Hidalgo envió á Jalisco era un hombre del campo, nativo del pueblo de

San Pedro Piedragorda y mayordomo de una hacienda de aquellas inmediaciones. Llamábase José Antonio Torres, el que aunque rústico y sin instruccion, tenia astucia, viveza y valor, con cuyas dotes logró desde luego levantar contra la autoridad española las poblaciones de Colima, Sayula, Zacoalco y otras importantes, de manera que á fines de Octubre estaban en completa insurreccion todos los distritos que confinan con las provincias de Guanajuato y Michoacan.

Para contener ese torrente el comandante de brigada Abarca puso sobre las armas los cuerpos de milicias, y además armó cosa de doce mil hombres; pero no habiendo dado á estas fuerzas la conveniente organizacion, ni inspirádoles el espíritu de cuerpo, no hizo mas que mandar refuerzos al enemigo, al que se pasaron todas las tropas que llamó al servicio. Formáronse en Guadalajara dos compañías de voluntarios compuestas de jóvenes del comercio y cursantes de la Universidad, y el obispo Cabañas formó un cuerpo, que se llamó *de la Cruzada*, con los individuos del clero secular y regular, los cuales llevaban por distintivo una cruz roja en el pecho. Se les convocaba al son

de la campana mayor de la catedral á hacer ejercicio, y salian frailes y clérigos del palacio episcopal, que era el punto de reunion, á caballo, sable en mano, llevando un estandarte blanco con una cruz encarnada, y los seguian grupos de mujeres y de niños gritando: « Viva la fé católica. »

El mismo dia que Calleja triunfaba en Aculco, en Zacoalco derrotó completamente Torres una division de Jalisco mandada por Villaseñor, pereciendo en la batalla la flor de la juventud de Guadalajara que componian las compañías de voluntarios. Villaseñor fué hecho prisionero, y no obstante de que antes del combate habia amenazado á Torres con que si no se rendia lo haria ahorcar, este no abusó de la victoria para vengar tal insulto.

La derrota de Zacoalco y la retirada de la division de la Barca, que volvió llena de terror manifestando que era imposible la defensa, causaron la mayor consternacion entre los españoles y no se trató mas que de la fuga. El obispo fué de los primeros en tomar el camino de San Blas, y la junta se disolvió dirigiéndose al mismo puerto, cuidando de recoger en el tránsi-

to los intereses del rey, destruyendo lo que no podian llevar. Abarca dejó el mando en manos del ayuntamiento.

Esta corporacion entregó la ciudad á Torres, quien verificó su entrada el 11 de Noviembre de 1810, ofreciendo respetar los intereses y personas de los vecinos, como lo cumplió, imponiendo arresto en un colegio á los españoles que habian quedado.

Solo faltaba á los independientes el puerto de San Blas para ser dueños de toda la estensa y rica provincia de Nueva-Galicia, el que les era de la mayor importancia, tanto por las comunicaciones marítimas que por él podian proporcionarse, cuanto por el mucho armamento que allí habia. El presbítero don José María Mercado, cura del pueblo de Ahualulco, solicitó de Torres una comision para perseguir á los españoles que huian hácia aquel puerto, que le fué concedida. Este eclesiástico era generalmente querido por sus virtudes y caridad; pero el fuego de la revolucion, que habia trasformado en guerreros á los individuos del clero de Guadalajara para sostener al monarca español, convirtió en soldado de la patria á ese nuevo de-

fensor de sus derechos. En breve reunió unos seiscientos hombres de indios y gente del campo, con los cuales entró en Tepic sin resistencia, y habiéndosele reunido la compañía veterana que guarnecia aquella ciudad, marchó resueltamente á sitiar á San Blas.

La empresa era temeraria para las fuerzas con que se intentaba. Don Vicente Garro, administrador de correos de Guadalajara, testigo de los hechos, en el informe que sobre esos sucesos dió á Calleja el 8 de Febrero de 1811, se espresa así: « Un terreno que domina el único punto por donde puede ser atacado por tierra; una proporcion para aislarle fácilmente por la comunicacion de los esteros; un castillo respetable con doce cañones de á 24 que defiende el puerto y puede arruinar la villa; cuatro baterías en ella, y en el mar embarcaciones de guerra, una fragata, dos bergantines, una goleta y dos lanchas cañoneras; trescientos hombres de marinería, doscientos de maestranza y mas de trescientos europeos armados y dispuestos como aquellos á defenderse; ciento y tantas piezas de artillería de todos calibres, y montadas cuarenta de ellas con sus correspondientes municio-

nes, y ocho ó nueve oficiales de marina; á lo que se agrega una cantidad de víveres considerable. Este era el estado en que se hallaba la plaza de San Blas el 1° de Diciembre de 1810, cuando sin haber disparado un tiro para su defensa se rindió vergonzosamente á un eclesiástico que no contaba mas que con seis cañones de corto calibre que tomó en Tepic, unas malas y pocas escopetas, hondas, lanzas y flechas, manejadas muchas de ellas por ancianos y muchachos, como todos vieron cuando hizo su entrada triunfal en la plaza.» El oficial de la marina española que la mandaba era don José de Lavayen, á quien procesó el virey por ese acto de cobardía.

Todo el estenso reino de la Nueva-Galicia ó provincia de Guadalajara habia caido en poder de Hidalgo; ya se ha visto la prevision y tino con que eligió los hombres encargados de esa tarea; pero ni aun semejante trabajo tuvo para escitar el grito de emancipacion en Zacatecas. Bastaba solo evocar su nombre, adherido al de independencia, para inflamar los espíritus é improvisar campeones en las clases y personas mas pacíficas de la sociedad. Luego que se supo

en esa rica provincia el movimiento de Dolores y toma de Guanajuato, el intendente dictó con actividad todas las medidas necesarias para su defensa. Sin embargo, los comerciantes, mineros y hacendados españoles, arrogantes en la prosperidad, perdian la moral ante el peligro y emigraban huyéndole en grandes partidas. Crecia entre tanto la agitacion de la plebe ; presentábase esta en grandes masas á impedir que los dependientes que habian quedado en las casas de comercio sacasen sus efectos. Desobedecidas las disposiciones de la autoridad y minada la tropa, se decidió el intendente á abandonar la ciudad, y al dia siguiente fué aprehendido en el camino con su familia y llevado á Guadalajara, que ya estaba en poder de los insurjentes.

Iriarte, general independiente que estaba con sus fuerzas en Aguascalientes, verificó su entrada en la capital de la provincia de Zacatecas, poniéndola á disposicion de Hidalgo.

La de San Luis Potosí, en contacto tan inmediato con las de Zacatecas y Guanajuato, no podia dejar de tomar parte en el movimiento que en ellas se habia verificado. Dos legos de San Juan de Dios, fray Luis Herrera y fray Juan

Villerias, fueron los que la promovieron y ejecutaron de la manera mas ingeniosa y atrevida: verificada la revolucion en la capital de esa provincia, se propagó rápidamente en todo su litoral, y siguiendo las riberas del rio de Tampico, comprendió á toda la Huasteca y se estendió de aquí por el Norte de las provincias de Méjico y Veracruz, quedando bajo el poder de los independientes todo el dilatado espacio del mar Atlántico al Pacífico, presentándose la revolucion mas fuerte y temible cuando parecia por la derrota de Aculco enteramente destruida y falta de toda esperanza.

Calleja, lento en sus movimientos, pero con todo el cálculo reflexivo de un consumado militar, inspiraba sérios recelos á Allende, que segun queda dicho, se encontraba en Guanajuato sin elementos que oponerle con buen éxito por falta absoluta de armamento. La escasez de fusiles y la imposibilidad de construirlos, era la causa de que se diese por los insurgentes grande importancia á la artillería, y su empeño para fundir mucho número de cañones en todas partes: con los veintidos que estaban alistados fortificó las alturas que dominan la entrada de la

ciudad, resuelto á disputarle á todo trance su posesion al jefe realista.

Si las circunstancias en que se encontraba Allende en Guanajuato eran peligrosas, no era tampoco segura la de Hidalgo en Valladolid. Felizmente para él, el progreso de la revolucion en la Nueva-Galicia le presentó la ocasion de dejar la capital de esta provincia y dirigirse á Guadalajara para dar un nuevo y mas ventajoso aspecto al estado de las cosas. Durante su viaje fué el objeto de una ovacion continua por las poblaciones de su tránsito, esmerándose las últimas á porfía en rivalidad de homenajes con las anteriores; así llegó á Atequizar el 24 de Noviembre, donde le esperaban veintidos coches con las primeras autoridades que salieron á recibirle hasta aquel punto, pasando con ellas á San Pedro Analco, donde se le tenia preparada una espléndida comida, y en la tarde, concluido el coro, se presentaron los canónigos á felicitarle. Para su entrada en la ciudad formó valla la tropa de la guarnicion por todo el trayecto hasta la puerta de la catedral, en que estaba el batallon provincial que le hizo los honores de generalísimo: seguíanle una comitiva de mas

de cien carruajes; las calles estaban llenas de gente y adornadas con colgaduras. En la puerta de la iglesia se habia prevenido un altar portátil, en el cual el dean le dió el agua bendita, y pasando Hidalgo al presbiterio se cantó el *Te Deum*. Concluido este, salió á pié en procesion hasta el palacio, en cuyo salon principal, sentado bajo dosel, recibió las felicitaciones de todas las autoridades y corporaciones, á cuyas arengas contestó con la facilidad oratoria que tanto se admiraba en sus discursos.

El cura generalísimo se dedicó desde luego con infatigable empeño á dar á su gobierno la forma de una autoridad establecida, afirmándolo y consolidándolo por medio de alianzas y relaciones en el esterior, al mismo tiempo que para su defensa en el interior hacia uso de los recursos que le proporcionaban las provincias que estaban bajo su dominio, el que procuró tambien dilatar propagando el espíritu revolucionario á todas las inmediatas. Para el giro de los negocios nombró dos ministros, el uno con el título de Gracia y Justicia y el otro con el carácter indeterminado de secretario de Estado y del Despacho, lo que le daba las facultades de

un ministro universal. La eleccion del primero recayó en don José María Chico, jóven abogado, nativo de Guanajuato é hijo de padre español, que habia tomado igualmente parte en la revolucion: el segundo empleo lo desempeñaba el distinguido letrado don José Lopez Rayon.

Era opinion general entre los mejicanos al principio de la revolucion, y lo fué por muchos años despues, hasta que tristes desengaños la han hecho variar, que los Estados-Unidos de América eran el aliado natural de su país, y que en ellos habian de encontrar el mas firme apoyo y el amigo mas sincero y desinteresado, y fué por tanto á donde Hidalgo trató de dirigirse. En consecuencia nombró al entusiasta jóven don Pascasio Ortiz Letona para que fuese á aquella república á ajustar una alianza ofensiva y defensiva, tratados de comercio para ambas naciones y cuanto mas conviniese á la felicidad mútua. Letona partió para la costa de Veracruz á fin de proporcionarse el pasaje, pero fué preso por el justicia del pueblo de Molango, en la Huasteca, á quien se hizo sospechoso por viajar solo y habérsele visto cambiar una onza de oro; registrado su equipaje se le encontró el

poder relativo á su mision, y comprendiendo la suerte que le esperaba, se dió la muerte antes de llegar á la capital, á donde fué remitido, con un veneno que llevaba oculto.

La toma de Guadalajara proporcionó á Hidalgo un medio poderoso para estender los principios que sostenia y fué tener á su disposicion una imprenta, de que habia carecido hasta entonces. En aquella época no las habia mas que en Méjico, Puebla, Veracruz y Guadalajara, y todas habian estado sin escepcion en poder del gobierno, quien habia hecho uso de ellas para combatir la revolucion con todo género de escritos. Ahora esta temible arma se volvia contra los que la habian empleado, é Hidalgo aprovechándola, estableció un periódico titulado: *El Despertador Americano*, é hizo imprimir y circular abundantemente la contestacion que en Valladolid dió á la inquisicion, y multitud de proclamas y otros papeles.

Los esfuerzos del activo caudillo, tuvieron por principal objeto, como las circunstancias lo exigian, el aumento de las fuerzas que debia oponer á las tropas del gobierno, que como preveia habian de marchar pronto contra él.

Los almacenes del arsenal de San Blas le proporcionaban municiones y artillería. Dificil era sin embargo hacer pasar esta por las barrancas profundas de Mochitiltic, pero nada se resiste al esfuerzo unido de gran número de brazos; venciendo los obstáculos, el trabajo y la constancia, se dió cima á esa empresa estraordinaria, que prueba que no hay imposibilidades que no domine una voluntad inflexible apoyada en el buen derecho.

Además de la gente que habia reunido Torres y los demás jefes de la insurreccion en Jalisco, se organizaron nuevos cuerpos, pero si el entusiasmo general facilitaba la gran reunion de masas, habia una dificultad material para armarlos: con el objeto de sufrir la falta de fusiles, se hicieron granadas de mano y unos cohetes con una lengüeta de hierro para lanzarlos contra el enemigo. Toda la gente se distribuyó en divisiones, para que adquiriese la instruccion que era posible en pocos dias y careciendo de jefes y oficiales capaces de dárselas. De Colotlan llegaron siete mil indios con flechas que se estuvieron ejercitando en el uso de esa arma.

Para proveer á los gastos que exigian esos aprestos militares, se hizo uso de todos los fondos del gobierno, de los bienes de los españoles comprometidos y á imitacion de lo hecho por el virey para sostener la guerra de España contra la Francia, aunque para mas noble fin, se ocuparon los fondos piadosos.

En medio de esas tareas, Hidalgo no descuidó los intereses procomunales. Declaró por un decreto la libertad de los esclavos; mandó que las tierras de comunidad de los pueblos se cultivasen esclusivamente por los indios: estinguió los tributos, estanco de pólvora y papel sellado y prohibió severamente el tomar bagajes, pasturas y otros objetos en las fincas de los americanos.

Sinaloa en breve fué obligado á someterse al gobierno independiente de Jalisco, decidiéndose ese acontecimiento por la rendicion en el Rosario el 18 de Diciembre de 1810 del coronel don Pedro Villaescusa, que defendia aquel punto con tropas de la comandancia de las provincias internas, al jefe Hermosillo, encargado por Hidalgo de las operaciones militares de esa provincia.

Los progresos de la revolucion fueron mucho mas rápidos en los departamentos del Oriente que baña el golfo de Méjico, cundiendo con velocidad de San Luis á todas las poblaciones situadas al Norte y comunicándose al Nuevo Santander. Hidalgo para consolidar la obra de esas provincias, encomendó su mando al teniente general Jimenez, quien con diez á once mil hombres se dirigió hácia el Saltillo, de donde el coronel realista don Antonio Cordero habia recibido órden del virey para marchar á la provincia de San Luis, con el objeto de restablecer en ella la obediencia al gobierno y las autoridades que habian sido depuestas, llevando al efecto, bajo sus órdenes dos mil hombres de tropa veterana. Encontráronse la una y otra division el 6 de Enero de 1811 en el campo de Agua Nueva á corta distancia del Saltillo : al avistarse ambas tropas las de Cordero se pasaron á las de los insurgentes. Cordero pudo escapar y atravesó algunas leguas, pero perseguidos por los mismos dragones, fué aprehendido y presentado á Jimenez, quien le guardó grandes consideraciones y entró triunfante al Saltillo. A consecuencia de esta ventaja el europeo don Manuel

Santa María, gobernador del nuevo reino de Leon, se declaró por la revolucion en Monterey, capital de la provincia, cuyo ejemplo siguió toda entera de la manera mas espontánea.

CAPITULO VII

Marcha Calleja sobre Guanajuato. — Disposiciones para el ataque. — Alarma de la ciudad. — Ocupa Calleja á Valenciana y Flon el cerro de San Miguel. — Abandono de la ciudad. — Muerte de algunos españoles presos en Granaditas. — Entrada de Calleja habiendo dado órden de tocar á degüello. — Prisiones y ejecuciones. — Carácter feroz de Calleja. — Bando publicado en Silao. — Allende se traslada á Guadalajara. — Plan de campaña que impone el virey á sus generales. — El brigadier Cruz. — Asesinatos que perpetró en el monte de Calpulalpan. — Su entrada en Valladolid. — El gobernador de la Mitra declara nulo el levantamiento de la escomunion á Hidalgo y sus secuaces.

Obligado por la necesidad Hidalgo á marchar á Guadalajara y no habiendo llegado á tiempo Iriarte que salió de San Luis en auxilio de Allende, este quedó reducido para defender Guanajuato á solo los limitados recursos que habia podido proporcionarle esa ciudad y poblaciones inmediatas. Calleja atravesó toda la provincia sin encontrar obstáculo : á su paso redujo á la obediencia á Celaya, Salamanca é Irapuato y al mismo tiempo que aseguraba así la subsistencia de su ejército, privaba de esos elementos al enemigo. En la tarde del 23 de Noviembre

acampó en el Rancho de Molineros á cuatro leguas de la ciudad, pero habiendo comenzado los independientes á batirlo con la artillería que tenian colocada en las dos lomas á la izquierda del camino, se vió precisado á comprometer un combate con los cuerpos de su vanguardia para desalojarlos, lo que verificó apoderándose de los cuatro cañones que estaban en batería y dispersando á los que la defendian. Calleja se decidió á aprovechar esa ventaja y continuar en seguida el ataque.

Dividió para esto su ejército en dos columnas, tomando él mismo el mando de una, y la otra la puso á las órdenes de Flon, conde de la Cadena, dejando una reserva con el coronel Espinosa. Ocupó el caserío del Marfil, no obstante el fuego de una batería que lo enfilaba por el frente y continuó el camino de Valenciana por sobre las montañas que forman el costado del Noroeste de la cañada; Flon á la derecha de Calleja siguió el camino de la *Yerba-buena*, dominando á la misma cañada por el Sudeste. Con tal disposicion se evitó el paso por aquella, quedando sin efecto los barrenos practicados en los espaldones de la montaña que ascendian

á mil quinientos, comunicados por una misma mecha, para que dando fuego á todos á un tiempo, sepultasen bajo las rocas que hicieran saltar, á su ejército, en el momento que atravesara por el fondo de la estrecha garganta, de todo lo cual tenia puntual conocimiento.

Luego que en la ciudad se supo la aproximacion de Calleja por el fuego de artillería que se oyó en Jalapita, se tocó generala y la campana mayor de la parroquia hizo la señal convenida para que todo el vecindario se aprestara á la defensa. Calleja y Flon simultáneamente iban dominando la resistencia de los diez puntos fortificados que habia en uno y otro lado de la cañada, correspondiéndose entre sí y cuyos fuegos se cruzaban, pero que mal podian ser defendidos por gente indisciplinada, armada con pocos fusiles; no teniendo la generalidad mas que palos, lanzas y piedras; y aunque hacian caer lluvia de estas sobre la tropa que los atacaba, el fuego á metralla de la artillería que iba enfilando las posiciones una por una con las oportunas descargas de la infantería, desbarataba pronto con mucha pérdida aquellos pelotones, que en su derrota llevaban mas glo-

ría que el vencedor. La pérdida del ejército real fué pequeña, lo mismo que la de los heridos y contusos de piedra, entre los cuales se contó el conde de la Cadena; lo que prueba los escasos medios de defensa con que heróicamente arrostraban el peligro los independientes, pues aun la artillería por lo comun estaba tan mal montada, que las piezas no podian variar la puntería, quedando fijas en la posicion que una vez se les daba. Segun los estados del ayuntamiento, la pérdida de estos se elevó á ocho mil hombres.

Sabida la derrota sufrida, la plebe indignada con la idea de volver á caer en poder de los antiguos dominadores, comenzó á formar pelotones y á presentarse en las cercanías de la Alhóndiga de Granaditas, en donde estaban presos los españoles y algunos mejicanos contrarios á la revolucion, con el objeto de sacrificarlos; mas la contenia la guardia del regimiento levantado en la ciudad por órden de Hidalgo que custodiaba el edificio; pero á medida que se engrosaba la multitud, aumentaba el deseo de cumplir ese bárbaro designio, hasta que los mas implacables lanzándose contra la guardia

y arrastrando en pos de sí á la multitud penetraron en la prision y dieron muerte á varios desgraciados que yacian indefensos, manchando con tan horrible hecho la mas noble y grandiosa de las causas. Los efectos de toda revolucion popular se caracterizan en conformidad á las circunstancias y motivos que la producen. Los españoles agobiaban al pueblo con cuanto puede irritar la susceptibilidad humana y cuidando poco de infundirle sentimientos de verdadera moral, por medio de una educacion adecuada, era consiguiente que las consecuencias de tan mal calculada política en ese sentido, diera un resultado funesto en la primera oportunidad. Los abominables crímenes cometidos con una rábia salvaje sobre personas inermes, debian severamente castigarse, pero de modo en que la majestad de la justicia resplandeciera con imparcialidad innegable, recayendo su rigor sobre los culpables solo, sin colocarse los funcionarios del gobierno mas bajo que ellos mismos, con la consumacion de represalias mucho mas atroces y repugnantes que aquellos hechos.

Calleja á su entrada á Guanajuato, pasando

delante de la Alhóndiga, hizo dar muerte inmediatamente á siete hombres que fueron encontrados en el edificio y supuso habian tenido parte en el crimen ó habian entrado á robar, y dió la órden de tocar á degüello para arrasar á fuego y sangre la ciudad, cuya disposicion á instancias de infinidad de personas hizo suspender con el fin de ejecutar otros castigos.

Se destacaron partidas de tropa para aprehender á todo individuo del pueblo que encontrasen en la calle, y llevados en cuerda á Granaditas ante Flon, sin prévio exámen para calificar su inocencia ó culpabilidad, los mandó diezmar y diez y ocho infelices fueron fusilados en el patio de la misma Alhóndiga, por no haber verdugo que los ahorcara. En cuanto á las personas aprehendidas de clase mas distinguida, estableció Calleja que fuesen condenados á la pena capital, todos los empleados y militares que hubiesen tomado parte en la revolucion y los que en esta habian obtenido grados superiores ó prestádole servicios de cualquiera naturaleza, y por estos principios mandó Flon fusilar por la espalda como traidores á infinidad de perso-

nas, en el mismo dia y lugar en que lo fueron los anteriores diezmados.

Quiso Calleja causar mayor terror con el aparato de las ejecuciones que continuó á sangre fria efectuando, y al efecto mandó poner horcas en todas las plazuelas de la ciudad, y el dia que estuvieron terminadas, hizo ahorcar diez y ocho infelices del pueblo que sin prueba ninguna en su contra, fueron sorteados. Insaciable de sangre ese monstruo al dia siguiente de estos asesinatos, hizo colgar en frente de la puerta de la Alhóndiga, al coronel Chowell, al teniente coronel Favie, el mayor Ayala y otros cinco individuos y sucesivamente otros muchos en distintos dias. Calleja no se detuvo en el camino de las crueldades mas atroces, y asi es que él escitó una guerra de desolacion haciendo que la venganza se siguiera inmediatamente á la ofensa. El dominio español apoyado en esa época por los patíbulos y las hogueras de la inquisicion, cada vez era mas execrado.

El tenor de un bando, que mandó el caudillo realista publicar en Silao con fecha 12 de Diciembre de 1810, marca elocuentemente el carácter feroz que imprimió á su conducta en el

desempeño de su mision militar, decia : « En el pueblo donde se cometa asesinato de soldado de los ejércitos del rey, de justicia, empleado ó cualquier español, se sortearán cuatro de sus habitantes, sin distincion de personas, por cada uno de los asesinatos y sin otra formalidad, serán pasados inmediatamente por las armas aquellos á quienes toque la suerte. » A lo espuesto se agrega la pasion venal aun en miserables intereses, de que dió tantas pruebas, en demasía vergonzosas y con olvido absoluto de todo sentimiento de pudor.

Allende despues de la pérdida de Guanajuato se dirigió á Guadalajara, donde fué recibido por Hidalgo con mucha cordialidad, pues sus desavenencias no se habian hecho públicas; mas fuera de las distinciones de aparato no tuvo por entonces mando alguno.

Hasta esa época el virey no habia podido seguir otro plan que salvar el peligro mas inminente; haciendo frente á la revolucion donde esta se presentaba. Las ventajas obtenidas, le proporcionaban poder combinar sus operaciones, empleando tambien mayor número de tropas. Para franquear el camino á Querétaro y es-

tablecer la comunicacion con el ejército de Calleja, dispuso que marchase á Huichapan una fuerte division al mando del brigadier don José de la Cruz, que con el nombramiento de comandante de la brigada de Méjico, acababa de llegar de España : diósele por segundo al teniente coronel Trujillo que mandó la batalla en el monte de las Cruces. Era aquel general de carácter demasiadamente sanguinario, é inauguró su mando al paso de sus tropas desde la hacienda de la Goleta hasta el pueblo de San Miguelito en el monte de Calpulalpan, dejando un enorme número de cadáveres suspendidos de los árboles que marcaban su ruta, habiendo arrasado dicho pueblo y cacerías inmediatas, antes de dar tan horrible muerte á sus habitantes, que así castigó, por ser ese el punto donde fué quitado el convoy de municiones remitido á Calleja, segun se ha referido. Villagran, que fué el autor de este hecho, se mantuvo en lugares inaccesibles hasta que Cruz se retiró de esos lugares.

Trujillo volvió á Méjico desde Huichapan para tomar el mando de una division, dirigiéndose con ella á Valladolid por el camino de Marabatio,

en combinacion con el movimiento que sobre la misma ciudad emprendió Cruz pasando por Querétaro, con el objeto de continuar su marcha á Guadalajara por el camino de Zamora, segun el plan arreglado por Calleja, uniformando sus movimientos con los del ejército de este y con los que simultáneamente debian hacer las tropas de las provincias internas, dando por resultado estrechar á los independientes en la provincia de Guadalajara, y no dejarles ninguna retirada cuando fuesen batidos en ella.

Cruz, en el progreso de su marcha, fué constantemente molestado por diversas guerrillas, y así llegó el 27 de Diciembre de 1810 á Indarapes, lugar distante seis leguas de Valladolid. Al acercarse á aquella capital el intendente Ansorena, con todos los empleados nombrados por Hidalgo, la abandonó, retirándose á Guadalajara.

Recelando Cruz que su aproximacion á aquella capital produjera un acontecimiento semejante á la de Calleja en Guanajuato, dió la siguiente órden al jefe de su vanguardia: «Si la infame plebe intenta quitar la vida á los europeos, entre usted en la ciudad, pase á cuchillo á

todos sus habitantes, esceptuando solo las mujeres y los niños, pegándole en seguida fuego por todas partes. »

El conde de Sierra Gorda, don Mariano Escandon, gobernador del obispado, se apresuró á publicar un edicto el 29, declarando inválido el levantamiento que él mismo habia efectuado de la escomunion impuesta á Hidalgo y sus secuaces por la inquisicion y el obispo Abad y Queipo, confirmando de nuevo aquel anatema. ¡Triste uso de las armas de la iglesia para lisonjear al poderoso, y ridícula veleidad de los que destruyeron todo su prestigio prodigándolas segun sus intereses.

CAPITULO VIII

Emprende Calleja su marcha sobre Guadalajara. —Plan de Hidalgo para el ataque. — Opinion de Allende. — Prevalece en la junta de guerra convocada el plan de Hidalgo. — Batalla del puerto de Urepetiro ganada por Cruz. — Sale Hidalgo de Guadalajara con todo su ejército. — Sitúase en el puente de Calderon. — Acampa Calleja al frente de Hidalgo. — Batalla del puente de Calderon. — Causa que motivó la derrota de los independientes. — Matanza que ejecutan los realistas. — Premios al ejército de Calleja. — Muerte de Flon. — Entrada de Calleja en Guadalajara donde continúan las ejecuciones.

Calleja, entretanto, permaneció en Lagos el tiempo que calculó necesario para que hubiesen tenido efecto los movimientos combinados de las demás tropas que, en diversas direcciones, debian moverse sobre Guadalajara; pero no recibiendo noticia alguna de las de Coahuila, y no queriendo dar lugar á que Hidalgo aumentase las suyas, prosiguió su marcha dirigiéndose al punto designado para la reunion con Cruz, sin que ocurriera nuevo incidente hasta Jepatitlan, á donde llegó este con su ejército el 15 de Ene-

ro de 1811, al que se le dió el nombre de *Reserva.* »

Hidalgo, en vista del movimiento que sobre él operaban esos dos cuerpos de ejército, vaciló sobre el partido que debia tomar, y celebró junta de guerra para decidir la determinacion mas conveniente. El plan que propuso fué marchar con el grueso del ejército al encuentro de Calleja, tomar á este al mismo tiempo por la retaguardia, moviéndose al efecto Iriarte con las fuerzas de Zacatecas, é impedir la reunion de Cruz con Calleja, situando en el camino que aquel debia seguir un cuerpo de tropas suficientes para embarazarlo. Allende, por el contrario, teniendo á la vista los resultados de las acciones de Aculco y Guanajuato, no queria aventurar otra, desconfiando, como era natural, de la instruccion y disciplina de las fuerzas que tenian, cuyos esenciales requisitos no compensaban ni el gran número y mucha artillería que poseian y juzgaba por lo tanto mas previsor dejar entrar á Calleja libremente en Guadalajara, y dividiendo en varios trozos el ejército, hostilizar al realista en diversas direcciones, ocupar á Querétaro ó retirarse con todas sus fuerzas á Zacatecas.

Hidalgo tuvo en consideracion la dificultad de mobilizar una masa de gente indisciplinada; la probabilidad de que se desbandara fraccionándola como se pretendia; la certidumbre en consecuencia de perder la numerosa artillería que tenia reunida; el menoscabo de su crédito abandonando á Guadalajara con tantas personas comprometidas, y por último, la falta de recursos si se perdia aquella capital; razones todas de mucho peso, aunque no lo eran menos las que asistian á Allende. La junta se decidió por la opinion de Hidalgo y se tomaron las disposiciones que eran consiguientes. En ejecucion de lo dispuesto por este caudillo se situó ventajosamente en el puerto de Urepetiro, á cuatro leguas antes de Zamora, para impedir á Cruz aquel paso difícil, un cuerpo de diez ó doce mil hombres con veintisiete cañones, mandado por el cura de la Piedad, Macías, y por don Ruperto Mier, capitan que habia sido del regimiento de infantería de Valladolid, á quien Hidalgo hizo coronel á su entrada en aquella ciudad, dándole un regimiento que organizar, aunque sin mas armas que ochenta fusiles recompuestos.

Cruz, habiendo salido el 14 de Enero de Tla-

sasalca dirigiéndose á Zamora, á las dos horas de marcha comenzó á descubrir en las alturas que dominan el puerto de Urepetiro la fuerza que mandaba Mier, ocupando una posicion de muy difícil acceso, por la arboleda, quebradas y cercas que estorbaban la subida. Mandó sin detenerse que su vanguardia empezase la carga, avanzando por la orilla de un arroyo de bastante agua, que es la subida del puerto, para atacar la eminencia coronada por diez y siete cañones; pero el vivo fuego de esta detuvo el avance, y obligó á aquellas tropas á replegarse en desórden. Para sostenerlas dispuso Cruz que el batallon de marina con dos piezas se posesionase de una altura hácia la izquierda, destacando el batallon de Toluca para tomar otra de la derecha, quedando las seis piezas restantes de las ocho que componian su artillería, en el paraje mas ventajoso que ofrecia el pié del puerto, al frente del enemigo, sostenidas por otros batallones de infantería. El movimiento retrógrado y en desórden de la vanguardia del ejército real, hizo creer á Mier que estaba en fuga, y moviendo imprudentemente el suyo, adelantó mucha parte de sus fuerzas por su izquierda y centro.

comenzando á batir con doce ó quince piezas las seis situadas al pié del puerto, al mismo tiempo que avanzó con otras cinco contra la izquierda de los realistas, á cuya espalda se dejó ver un número considerable de insurgentes. Descubierta así la totalidad de la fuerza y posicion de estos, Cruz con mas pericia que valor, determinó atacar á un tiempo las diversas posiciones que ocupaban: confió el ataque por la izquierda al teniente de navío don Pedro Celestino Negrete, quien con el batallon de marina y tres compañías de Toluca cargó á la bayoneta y se hizo dueño de las cinco piezas que Mier habia situado por aquel costado, y destrozó fácilmente toda la fuerza desprovista de fusiles que las sostenia, la que no obstante haciendo uso de palos y piedras se sostuvo con firmeza, hasta que se rindió el que llevaba la bandera independiente. Mientras que Negrete obtenia ese triunfo, el teniente coronel Rodriguez, con los dragones de España, de Querétaro y un regimiento de Puebla, cargó al galope al cuerpo principal de los insurgentes, entre los cuales no habia sesenta armas de fuego; se apoderó de los cañones, que carecian de artilleros para utilizarlos debidamente, y siguió

en persecucion de los dispersos. La pérdida de los independientes en esa batalla fué de seiscientos hombres, lo cual prueba que hacian frente al peligro con firmeza, y que si sucumbian no era por falta de entusiasmo y de valor sino por la carencia de armamento y la ignorancia absoluta de todas las reglas del arte militar para ponerse al nivel de la oficialidad del ejército de España, la cual en su mayoría tuvo una escuela práctica en la guerra que esta nacion sostuvo contra el de Napoleon.

Aunque el resultado de esta accion fuese tan funesto á los independientes, ella sin embargo produjo en parte el efecto que Hidalgo se habia propuesto, pues sin embargo de que Cruz no quiso ni aun recojer los despojos del enemigo, dando órden á Trujillo para que mandase de Valladolid á conducir la artillería que habia tomado, para poder sin demora continuar su marcha, no pudo llegar al puente de Guadalajara en el dia señalado en el plan de Calleja, habiéndose detenido en Zamora á reponer las cureñas averiadas por el ataque, y aunque no encontró resistencia en el paso del rio grande, por haber hallado una sola barca, fué muy lenta

la operacion de trasladar su ejército á la ribera opuesta.

Cuando se tuvo aviso de que Calleja estaba en marcha, salió de Guadalajara el 14 de Enero de 1811 á medio dia el ejército de Hidalgo, á cuya cabeza marchaba este y Allende, cubriendo Torres la retaguardia.

Al dia siguiente habiendo sabido Hidalgo la derrota de las fuerzas de Mier en Urepetiro, frustrado con esto su intento de impedir la reunion de Cruz con Calleja, resolvió marchar á atacar á este antes de que se incorporaran los dos cuerpos de ejército, con cuyo objeto levantó su campo del puente de Guadalajara para ocupar, antes que el enemigo lo hiciese, la ventajosa posicion del puente de Calderon, paso preciso para Guadalajara. Su ejército consistia en cien mil hombres, de los cuales veinte mil eran de caballería: tenia siete regimientos uniformados y regularmente disciplinados, aunque con un fusil por cada treinta hombres, noventa y cinco cañones de todos calibres, cohetes con puntas de hierro y otros proyectiles conque se habia pretendido suplir la falta de fusiles; de esta artillería, la mayor parte de las piezas eran

defectuosas y montadas en carros, siendo imposible, como se ha dicho, hacer variar su puntería una vez colocadas en el punto en que habian de jugar. Empero unas fuerzas tan grandes no inspiraban suma confianza en el espíritu previsor de Hidalgo, porque comprendia que la aglomeracion de masas sin la organizacion conveniente, derramaba la confusion en las operaciones mejor combinadas, habiéndole por otra parte demostrado una triste esperiencia, que los proyectiles inventados, que no tenian otro alcance que el de la fuerza del brazo que los arrojaba al azar, por numerosos que fueran, no podian competir al estrago que produce una compañía de infantería con su armamento respectivo; pero tenia fé en su causa y por eso buscaba al enemigo.

No era el intento de Calleja atacar á Hidalgo mientras no se le incorporasen las fuerzas de Cruz; mas impuesto del movimiento de su contrario por un correo que el dia 15 interceptó en Tepatitlan, enviado á Marroquin, que con una division de cinco á seis mil hombres y algunas piezas de artillería observaba los movimientos del ejército real, se dirigió con presteza al puen-

te de Calderon, que Hidalgo trataba de ocupar con el objeto de anticipársele si pudiere; pero al llegar á él el dia 16 lo encontró ya dueño de aquel punto, y situado con todas sus fuerzas en las alturas circunvecinas. Hizo en aquella tarde practicar un reconocimiento con una de sus divisiones, previniéndole que desalojara á los independientes del puente y sus cercanías, cuya maniobra empeñó un fuego tan vivo que obligó al general realista á tomar parte en el combate con la mayor parte de su ejército, logrando quedar dueño del punto; y en la noche continuó buscando en las márgenes del arroyo pasos practicables para la artillería y caballería. Todo se preparaba por una y otra parte para la memorable batalla que iba á decidir al dia siguiente el destino de la nacion.

Amaneció el dia 17 de Enero de 1811, y con su luz se dejó ver el ejército de Hidalgo ocupando una loma escarpada de bastante elevacion, que corria á la izquierda del arroyo que lo separaba de los realistas en la longitud de tres cuartos de legua, hasta descender á un llano ó plano inclinado de grande estension, donde se hallaba reunida la fuerza principal: en lo alto de

la loma estaba colocada una batería de sesenta y siete cañones, apoyada su espalda en una barranca, flanqueada por sus costados de otras baterías menores, que á distancias iguales la defendian y abrazaban toda la circunferencia del terreno por donde debia pasar el ejército real, intermediando además el arroyo que corria en la direccion de Este á Sudoeste, sin otro paso que el puente descubierto á todos los fuegos de las baterías independientes,

Calleja resolvió atacar esta posicion con solo su ejército, sin esperar la llegada de Cruz, ya fuese para no dar á Hidalgo tiempo de reunir mayores fuerzas, ó como entonces se sospechó, por no partir con otro de su propia graduacion la gloria del triunfo si la obtenia. Su plan de ataque, concebido sobre el conocimiento que las batallas anteriores le habian dado de la inamovilidad de las masas indisciplinadas de los insurgentes, que esperaban en la posicion que una vez tomaban el ataque de sus contrarios, dejando á estos la ventaja de elegir el tiempo y lugar y de multiplicar sus fuerzas con la destreza de las evoluciones, se redujo á que el conde de la Cadena, con dos divisiones que puso á

sus órdenes, atacase por la izquierda, aguardando el movimiento que el mismo Calleja haria por la derecha con el grueso del ejército, para caer ambos á la vez sobre la gran batería situada en lo alto de la loma. Marchó en consecuencia Flon á ejecutar la parte que de este plan le correspondia, teniendo á sus órdenes los jefes mas distinguidos del ejército español, que eran Iberri, el baron Antoneli, Emparan, el marqués de Guadalupe, Gallardo, el conde de San Mateo, Valparaiso, el conde de Rul, etc., etc. Llevaba cada division cuatro cañones, rompiendo el fuego sobre el flanco de las baterías enemigas, que imposibilitadas por los montajes deformes para variar rápidamente de direccion y bañar al enemigo con sus proyectiles, fueron de todo punto inútiles, teniendo sus defensores despues de una desesperada resistencia que abandonarlas, replegándose al cuerpo principal de su ejército.

Al mismo tiempo Calleja con el suyo se movió sobre el puente, sosteniendo con el fuego certero de su escelente artillería la subida á la loma de la columna de la izquierda, y examinando de mas cerca las dificultades que el paso

del puente ofrecia, se adelantó por la derecha, situándose con parte de su fuerza en una pequeña altura desde la cual rompió el fuego sobre una batería que los contrarios tenian á su izquierda, mientras que el coronel Emparan, con una division de caballería, avanzaba por el camino antiguo, dando vuelta para tomar la iniciativa por la retaguardia del enemigo, á la vez que otra division de infantería atravesó el arroyo, no obstante la cantidad de piedras y flechas que arrojaban los insurgentes que bajaron á defender el paso ; logró subir á la orilla izquierda y se apoderó de la batería de siete cañones establecida en ese punto.

La accion entonces se empeñó por ambas alas y la victoria estuvo un momento por los independientes. Cargaron estos con grande arrojo sobre la caballería de la derecha : Emparan, que la mandaba, fué herido gravemente en la cabeza y le mataron el caballo de una lanzada : el regimiento de San Cárlos retrocedió por dos veces y empezó á huir, siguiendo el ejemplo de su coronel don Ramon Cevallos, poniendo en desórden á los demás. En estas críticas circunstancias Jalon, con el primer batallon de granade-

ros, acudió á su socorro, interpúsose entre la caballería y los independientes, y formando en batalla, despues de una descarga cerrada se lanzó sobre ellos á la bayoneta haciendo una horrible matanza.

Por el costado de la izquierda el conde de la Cadena emprendió el ataque de la gran batería, fué rechazado por dos veces, y habiéndosele acabado las municiones de artillería, empezaron á vacilar los cuerpos de su division y á retroceder en desórden. Llegó entonces atravesando el puente el teniente coronel don Bernardo Villamil, mandado por Calleja en su auxilio, con el segundo batallon de granaderos, dos escuadrones y dos cañones, y cargando á la bayoneta hizo avanzar hácia el enemigo el numeroso cuerpo de ejército realista que huia, y contuvo á los insurgentes que trataban de envolverlo.

En tal estado, viendo Calleja que su izquierda se sostenia con dificultad al frente de la gran batería, se encaminó á aquel punto por el puente, dando órden para que le siguiese una parte de las tropas de la derecha. Los independientes habian concentrado todas sus fuerzas en esta batería, por lo que se propuso desalojarlos de

ella, haciendo un esfuerzo pronto y estraordinario. Con este objeto mandó que diez de sus cañones se dirigiesen contra la batería enemiga, sostenidos á su izquierda por el segundo batallon de granaderos y regimiento de la Corona, con órden de desplegar en batalla luego que el terreno lo permitiera, y á su derecha por el batallon de patriotas de San Luis y los cuerpos de caballería que á gran galope debian echarse sobre las piezas, sosteniendo este ataque la division de la derecha que á la sazon desembocaba por el puente. Este movimiento decisivo se verificó con acierto y valor: la artillería batió durante diez minutos á poco mas de medio tiro de fusil la gran batería de los insurgentes, y habiendo dispuesto avanzase para hacer uso de la metralla á menos de tiro de pistola, se produjo á la vez un desastre en la parte opuesta que determinó tan sangriento combate. Una granada de á cuatro cayó en un carro de municiones; al hacer esplosion lo hizo volar é incendió la grama seca que cubria el campo independiente, llevando el aire el humo y el fuego contra los insurgentes, que por este motivo, abrasados por su frente y retaguardia y hostilizados por

los flancos, se dispersaron en distintas direcciones, despues de haber tenido durante seis horas todas las probabilidades de una completa victoria sobre sus adversarios.

Los realistas, secundados en las operaciones del ataque por una casualidad con que no contaban, se hicieron dueños de toda la artillería, armas, banderas y pertrechos de los independientes, y estos huian en masas tan apretadas que la caballería destinada á seguir el alcance tenia dificultades para abrirse camino en medio de ellas, ejecutando una matanza tal, que los campos quedaron encharcados con la sangre de las víctimas.

Los realistas, que exageraban siempre en los partes el número de muertos de los independientes en las funciones de guerra que tenian lugar, esta vez no se atrevieron á insultar el sentimiento nacional publicando el guarismo de los que perecieron bajo el filo de sus armas, no en el calor de la batalla, sino despues de su victoria : ¡ tanta fué verdaderamente la sangre mejicana que derramaron de hombres ya vencidos y desarmados !

Por premio del triunfo y de los anteriores

obtenidos por el ejército del centro, el virey Venegas concedió á todos los individuos que hubiesen merecido la aprobacion del general un escudo de distincion que llevasen al lado izquierdo del pecho, en el que estaba esculpida la cifra del rey Fernando VII en una tarjeta que sostenian un leon y un perro, símbolos del valor y de la fidelidad, y en el contorno el lema: « Venció en Aculco, Guanajuato y Calderon. » El título de conde de Calderon fué concedido por el rey al general en jefe cuando este volvió á España.

Los realistas tuvieron tambien durante el combate una pérdida relativamente considerable, que por vanidad ocultaron, disminuyéndola á un número increible por lo insignificante, lamentando mucho la del conde de la Cadena, don Manuel Flon, segundo en jefe del ejército, cuyo cadáver se encontró á alguna distancia del camino.

La batalla del puente de Calderon fué, hablando propiamente, la primera en que el ejército de Calleja se halló. En Aculco no hubo accion. En Guanajuato, aunque el fuego duró mas tiempo, esto no procedió de una resistencia te-

naz, sino de que habiendo situado los independientes muchas baterías en diversas alturas, el pasar de unas á otras ofrecia dificultades, teniendo que atravesar por cañadas y barrancos, conduciendo á mano la artillería. En Calderon la esperiencia de las acciones anteriores habian dado á Hidalgo y demás jefes insurgentes otros conocimientos, y la muchedumbre de gente y el gran número de cañones inspiraba á los soldados confianza y atrevimiento; esto hizo que el combate fuese mas empeñado y el éxito dudoso, habiendo estado por mucho tiempo las probabilidades de triunfo por los insurgentes, que sin duda lo hubieran obtenido, antes del incendio que produjo la granada, si sus generales, aprovechando sus ventajas, lo hubiesen acabado de fijar con un golpe de resolucion y de estrategia.

Calleja, á su entrada en Guadalajara, que verificó el 21, fué objeto de la propia recepcion que poco antes se habia hecho á Hidalgo, comprendiendo que tales demostraciones, en semejantes casos, no suelen ser mas que el tributo de humillacion que el vencido paga al vencedor, y en ninguna manera, con respecto

á él, efecto del entusiasmo de un triunfo que dejó en la horfandad á tantas familias de la provincia; sin embargo, no dejó escapar la oportunidad de inmolar nuevas víctimas á su pasion sanguinaria, en cuya terrible tarea fué eficazmente secundado por Cruz, reunido ya á él, durante la espedicion que hizo para recobrar el puerto de San Blas.

CAPITULO IX

Ocupan los realistas las provincias en que dominaban los insurgentes. — Ejecuciones. — Cruz invita á Hidalgo á acojerse á la amnistía. — Su contestacion y la de Allende. — Allende despoja á Hidalgo del mando del ejército. — Abnegacion de Hidalgo. — Decide Allende pasar á los Estados-Unidos. — Nombramiento de Rayon para el mando de las tropas del Saltillo. — Es nombrado Aldama embajador cerca de los Estados-Unidos. — Preparativos de marcha.

Despues del desastre que tuvo lugar en la fatal jornada del puente de Calderon, el virey, desembarazado del poderoso enemigo que tenia en jaque á su autoridad, pudo dedicarse libremente á combinar sus operaciones, provisto de mayores elementos y del prestigio que da la victoria contra los caudillos secundarios que dominaban en algunas provincias, y en el trascurso de poco tiempo obtuvo el resultado de que uno á uno fueron sucumbiendo sucesivamente con mas ó menos peripecias interesantes, pero en que siempre el vencedor hacia una cruel os-

tentacion de su severidad fusilando por la espalda á centenares de traidores que quisieron sacudirse del férreo yugo del monarca español, sin que fuera obstáculo que muchos estuvieran agonizantes por la gravedad de sus heridas.

Tan grandes é importantes habian sido para la causa realista las consecuencias de la victoria de Calleja, que no quedaba reunion ninguna de insurgentes que pudiera inquietar á fines de Marzo de 1811. Los principales caudillos de la revolucion, desavenidos entre sí, habian tenido que refugiarse al único punto que les habia quedado libre, por haberse frustrado en él la estensa combinacion del general realista. Este fué el momento que el brigadier Cruz, autoridad suprema de Guadalajara, eligió por órden del virey para comunicar á Hidalgo la amnistía que las Córtes de España habian decretado en 15 de Octubre del año precedente de 1810 en favor de todos los paises de Ultramar en que se hubiesen manifestado conmociones, siempre que reconociesen á la *legítima* autoridad soberana establecida en la madre patria. Acompañólo con una nota en que, manifestándole los graves males que se habian seguido ya de la insurreccion, y

la ninguna esperanza de un feliz resultado, despues de tantas victorias ganadas por las armas reales, le exhorta á aprovecharse de aquella gracia, salvándose de una ruina cierta y salvando al mismo tiempo la vida de muchos prisioneros que estaban en poder del gobierno, que no debian esperar mas que el último suplicio, y le fija el término de veinticuatro horas para tomar su resolucion. En la respuesta que Hidalgo redactó, y que se dió en su nombre y en el de Allende, dirigida al virey, espresaron ambos su determinacion inflexible de no entrar en trato alguno *que no tuviese por base la libertad de la nacion.*

« Ha habido en efecto, agregan, grandes infortunios que lamentar, y continuarán quizá hasta el esterminio, si no se trata con reflexion un racional arreglo. El indulto es para los criminales, no para los defensores de la patria y menos para los que son mas superiores en fuerza porque se apoyan en el pueblo. No se deje V. E. alucinar por las efímeras glorias de Calleja : estos son relámpagos que mas ciegan que iluminan ; hablamos con quien lo conoce mejor que nosotros. Aleccionados hoy por la esperiencia,

no caeremos en los errores de las campañas anteriores. Toda la nacion está en fermentacion: la convulsion que se sufre ha despertado á los que yacian en letargo. Los cortesanos que aseguran á V. E. que uno ú otro solo piensan en la libertad, le engañan. La conmocion es general, y no tardará Méjico en desengañarse, si con oportunidad no se previenen los males. »

Allende entretanto en todas sus conversaciones atribuia á la obcecada resolucion de Hidalgo de presentar batalla en Calderon á Calleja el desaparecimiento del ejército y de los grandes elementos de guerra conquistados con tanta sangre y sufrimientos, y halagando con promesas de elevacion para el porvenir, se puso de acuerdo con algunos jefes con el objeto de despojar á Hidalgo del mando, lo que verificó amenazándole con quitarle la vida si no lo renunciaba. No era la pérdida de la existencia á manos de los mismos suyos lo que decidió al héroe de Dolores á ser deferente á ese deseo, sino evitar una escision escandalosa ante el enemigo que seria su mas brillante triunfo, y á la vez destituido de toda ilusion sobre su inteligencia militar, la esperanza de que las operaciones subse-

cuentes dirigidas por el ardor juvenil de otro caudillo, recompensaran los desastres sufridos. Así, pues, lo hubo de hacer verbalmente y sin ninguna otra formalidad, y desde entonces siguió incorporado al ejército, sin especial carácter, intervencion, ni manejo, observado siempre por la faccion contraria que le creó Allende, y aun llegó á entender que se tenia dada la órden de que se le matase, si se separaba de las fuerzas, cuya disposicion fué tambien estensiva á Abasolo é Iriarte.

Allende, por la abnegacion de Hidalgo, en posesion del ejercicio del mando que habia ambicionado, comprendió que todas las ventajas estarian siempre de parte del enemigo, mientras las fuerzas independientes, por numerosas que fueran, careciesen de fusiles, y en consecuencia tomó la resolucion de dirigirse á la frontera para pasar á los Estados-Unidos del Norte y proveerse en esa República del armamento necesario, aunque sin comunicar este proyecto á Hidalgo, á quien afectaba en público estar subordinado, rodeándolo de las propias consideraciones que le guardaba antes de la usurpacion de autoridad cometida.

Las tropas destinadas por el virey al Nuevo Santander, estaban en movimiento y debian en breve acercarse al Saltillo : Ochoa, despues de haber desalojado á los insurgentes de Zacatecas, habia salido de aquella ciudad y marchaba en la misma direccion, y por último Calleja estaba en San Luis, y no podia dudarse que se disponia á salir en busca del enemigo, á quien habia batido en Calderon. Era, pues, urgente salir de un estado que venia á ser cada dia mas crítico, mientras tenia la retirada abierta por el Norte.

No estaban estos intentos fuera de la prevision de Calleja: el virey Venegas, por insinuacion de este general, dió órden al gobernador de Veracruz para que poniéndose de acuerdo con el comandante del apostadero de marina, embarcase con toda prontitud doscientos hombres escogidos á cargo de oficiales de confianza, siendo uno de los principales artículos de la instruccion que se dió que se reconociesen todos los surgideros, calas y ensenadas hasta la bahía del Espíritu-Santo, saliendo á tierra en los puntos que pareciesen convenientes, para llenar el objeto de la espedicion, que era no solo impedir la fuga de los jefes de la revolucion, sino tambien

evitar que recibieran por aquella costa auxilios de armas y municiones de los Estados-Unidos. El mismo Calleja debia avanzar al Saltillo con una division de cinco mil hombres; pero estas combinaciones vinieron á ser innecesarias, habiéndose debido á la casualidad el efecto que con ellas se pretendia.

Tomada por Allende la resolucion de marchar hácia el Norte, se dispuso le precediese el licenciado don Ignacio Aldama, que tenia el grado de mariscal de campo, á quien nombró embajador cerca del gobierno de los Estados-Unidos para proporcionarse los auxilios de armamento y hombres que se trataba de solicitar, remitiendo con él una suma considerable en barras de plata y numerario, y el 16 de Marzo se celebró junta general para nombrar jefes de las tropas que quedaban en el Saltillo, recayendo la eleccion en el licenciado don Ignacio Rayon, y ya no se trató mas que de las disposiciones para el viaje.

CAPITULO X

Contrarevolucion en Béjar dirigida por el padre Zambrano.— Prision de Aldama. — Contrarevolucion en Monclova por Elizondo. — Disposiciones de este. — Prision de Hidalgo, Allende y demás comitiva en Acatita de Bajan. — Conducéseles á Monclova y despues á Chihuahua. — Causas que se les formaron. — Ejecucion de Allende y otros generales.— Proceso y muerte de Hidalgo. — Disposiciones del Congreso nacional para honrar las cenizas de los héroes.

A graves dificultades estaba sujeto el proyecto de retirarse por tierra á los Estados-Unidos, pues era menester atravesar una grande estension de paises desiertos en los que no se encontraban recursos de ninguna especie, y para la numerosa comitiva que á Allende seguia con tropa, artillería, equipajes y caudales se necesitaban acopios proporcionados de víveres y forrajes y muchas bestias de carga que no era fácil reunir. Para proporcionárselas, Jimenez, como comandante general de aquellas provincias, dió con anticipacion órdenes-circulares requiriendo que

se franqueasen sin escusa todos los auxilios necesarios. Don Pedro de Aranda, nombrado por el mismo Jimenez, mariscal de campo, residia como gobernador de Coahuila en la villa de Monclova, con una guarnicion de ciento cincuenta hombres y nueve cañones: este, habiendo recibido la órden para aprestar doscientas mulas de carga y gran cantidad de víveres, con todo lo demás que á su tránsito necesitasen las fuerzas, á fin de facilitar su ejecucion, convocó al vecindario y puso en su conocimiento lo que se le mandaba con objeto de que todos se prestasen á franquear lo que se le pedia, y se previniesen á recibir al generalísimo y demás jefes de la manera conveniente. Aunque los vecinos así lo ofrecieron, comenzaron á reflexionar que iban sin duda á perder todo cuanto facilitasen, que los generales iban prófugos y fuera de estado de protejerlos, y que en seguida vendrian las tropas reales á castigar como un acto de infidelidad el haber provisto los auxilios que se les exigian.

No estaban mejor dispuestos los ánimos de los vecinos de San Antonio de Béjar, capital de la provincia inmediata á Tejas. Disgustados con

el gobierno del capitan Casas, que habia hecho allí la revolucion, llamaron del lugar á donde se habia retirado al subdiácono don José Manuel Zambrano, hombre de espíritu y emprendedor, que por su vida libertina y aventurera, habia dado no poco que hacer á sus prelados y al gobernador Salcedo. Zambrano, conociendo que no seria fácil ejecutar de pronto una contrarevolucion para reponer las cosas en su anterior estado, tomó con sus confidentes el partido de aparentar que sus designios solo se dirigian contra el despotismo de Casas y contra los desórdenes de su gobierno, y siendo fácil suscitar enemigos al que manda, consiguieron por este medio atraerse muchos acérrimos partidarios de la misma revolucion. Llegó á la vez á Béjar el licenciado don Ignacio Aldama, enviado segun antes se ha dicho á los Estados-Unidos, con la comision de solicitar armas y gente para continuar la guerra, y le acompañaban como secretario el padre franciscano Salazar, llevando cien barras de plata y cantidad considerable de numerario. Zambrano esparció la especie de que Aldama era emisario de Napoleon á quien los insurgentes querian entre-

gar la Nueva España, apoyando su raciocinio en que llevaba, como mariscal de campo, un cordon sobre el hombro izquierdo de su uniforme, segun se veía lo traian los oficiales franceses en las estampas de batallas que circulaban por todas partes, insinuando, esto con demasiada razon, que los auxiliares que iba á buscar Aldama al Norte, no harian otra cosa que aprovechar la oportunidad para realizar sus miras ya desde entonces bien manifiestas de apoderarse de aquella provincia.

Propagados anticipadamente estos conceptos, se reunieron en casa de Zambrano el 1° de Marzo solo cinco de los comprometidos y resolvieron dar el golpe en la misma noche, como lo ejecutaron, dirigiéndose á los cuarteles de que se hicieron dueños facilmente, así por los parciales que de antemano tenian entre la tropa, como por las razones convincentes que Zambrano supo emplear para reducirla á su partido, y al amanecer ya estaba preso el gobernador Casas, y detenido en su alojamiento el mariscal Aldama y su comitiva, á pretesto de que su pasaporte no parecia bastante esplícito para un embajador. No queriendo por entonces los

conjurados pasar adelante, para no poner de manifiesto el misterio que guiaba sus operaciones, acordaron convocar á los sujetos principales del vecindario para que nombrasen una junta de gobierno, que quedó instalada, y la compusieron once vocales bajo la presidencia de Zambrano, prestando todos juramento de defender los derechos de Fernando VII y de la dinastía de Borbon. La contrarevolucion entónces se declaró completamente: espidiéronse por la junta órdenes á los pueblos y á los puntos militares de la provincia, y en todos fué reconocida y obedecida: organizó tropas, aseguró á Aldama y á su comitiva; sofocó conspiraciones, prendiendo y formando causa á unos, disimulando con los otros, despojando de sus grados y empleos á los agraciados por Casas, puso en libertad á los presos realistas, dictó con suma actividad todas las providencias conducentes para asegurarse en el interior de la provincia, al mismo tiempo que aprestaba quinientos hombres para marchar á donde conviniese, como lo hizo situándose con ellos el 26 de Marzo en Laredo, en espectativa de los sucesos de Coahuila, en donde se estaba tramando

igual movimiento, y para fomentar á este y ponerse en comunicacion con la comandancia general de las provincias internas, con el general Calleja y con el virey, dispuso nombrar dos comisionados, cuya eleccion recayó en los capitanes Muñoz y Galan : mas como estos tenian que atravesar largas distancias por medio de un país sublevado, se les dieron instrucciones verbales, autorizándolos en apariencia con poderes simulados, para tratar asuntos concernientes al bien de la provincia con el general Jimenez que estaba en el Saltillo.

Nada en lo político suscita tantos enemigos como la desgracia, y Allende derrotado y prófugo, debia temer encontrarlos á cada paso. Los comisionados de la junta de Béjar, á su llegada á Monclova, descubrieron sus intentos al teniente coronel don Ignacio Elizondo y hallaron que este, de acuerdo con el administrador de Rentas don Tomás de Flores y el capitan don José Rábago, tenian tan adelantada la contrarevolucion, que no tuvieron que hacer otra cosa que auxiliarlos en sus intentos y contribuir á sus miras. Era Elizondo capitan de una compañía presidial, y habiendo tomado parte

en la revolucion, se habia disgustado despues por que no habia sido remunerado por Hidalgo de una manera tan avanzada como pretendia, teniendo desde entonces principio el tráfico de mudar de partido, segun conviene á los intereses particulares, que despues ha hecho tan vergonzosos progresos.

Desde la llegada á Monclova de los gobernadores realistas don Simon de Herrera y don Manuel Salcedo, que fueron conducidos presos de Béjar, comenzó Elizondo á juntar secretamente tropas y amigos, insinuándose con los soldados de los presidios que estaban en la villa, y con los vecinos de ella, de acuerdo tambien con el capitan Menchaca que contaba con trescientos indios lipanes y con el capitan Bustamante, á quien los indios, con quienes habia tenido contínuas guerras, llamaban el capitan colorado, por lo encendido de su color, hombre de mucho influjo entre las tropas veteranas de aquella provincia, el cual se comprometió con Elizondo á auxiliarle, poniéndose en marcha con la mayor brevedad para el efecto.

El gobernador Aranda era un hombre del campo, nacido en Comanja, en las inmediacio-

nes de Lagos, en donde poseía una pequeña hacienda. Se habia adherido á la revolucion desde su principio, siguió á Jimenez en su espedicion á las provincias internas de Oriente, donde se distinguió por su noble comportamiento para con Salcedo y Herrera, dejándolos en libertad. Aunque Aranda era hombre de sesenta y tres años, era apasionado por las diversiones, y en la noche del 17 de Marzo mientras estaba entretenido en un baile que de propósito se hizo para atraerlo desviándolo de toda vigilancia, Elizondo que habia llegado ocultamente á la villa en las tinieblas de la noche, con cosa de doscientos hombres de tropa y vecinos que habia reunido, lo sorprendió á las once, así como á los soldados que guarnecian la plaza y no habian entrado en la conjuracion, haciéndose dueño de la artillería. Todo esto se efectuó en el espacio de tres horas sin necesidad de disparar un solo tiro. Habiendo Elizondo consumado su perfidia, procedió á crear una junta de gobierno, dándole el mando interino de la provincia á Herrera.

Tratóse desde luego de tomar las medidas oportunas para aprehender á Allende y su co-

mitiva, y sabiendo que este habia de llegar, segun el itinerario que traia, el dia 21 á las norias de Bajan ó Acatita de Bajan, por ser el único aguaje que en toda aquella comarca habia, se dispuso que Elizondo le fuera al encuentro, con todas las apariencias de un recibimiento obsequioso, de que se dió aviso anticipado á Jimenez, tomando al mismo tiempo todas las precauciones convenientes para que ignorara lo acontecido en Monclova. En ejecucion de tan abominable plan, salió el traidor Elizondo de la villa el 19 por la tarde, al frente de trescientos cuarenta y dos soldados veteranos, milicianos y vecinos, capitaneados estos por el administrador de rentas don Tomás Flores y por el alcalde ó justicia de San Buenaventura don Antonio Rivas. En el lugar designado formó en batalla la mayor parte de su tropa, como para hacer los honores militares al paso de los generales, dejando á su retaguardia, en un recodo que hacia allí el camino, un destacamento de cincuenta hombres y adelantó otro á la vanguardia, compuesto de indios y comanches, mescaleros de la mision de Peyotes, bien instruidos de lo que debian ejecutar.

En tal disposicion esperó Elizondo la llegada de los jefes independientes, que se verificó á las nueve de la mañana del 21. Presentóse desde luego el P. Fr. Pedro Bustamante, mercedario, con un teniente y cuatro soldados de los de aquella provincia que se pasaron á Jimenez en Aguanueva; saludáronse mútuamente sin recelar cosa alguna y siguieron hasta el cuerpo que quedó á retaguardia donde se les intimó se rindiesen al rey, lo que hicieron imposibilitados de toda resistencia. Seguia á estos un piquete de cosa de sesenta hombres, con quienes se practicó lo mismo, desarmándolos y atándolos sin demora. Venia en pós de ellos un coche con las esposas de varios jefes, escoltado por doce ó catorce hombres, los cuales intentaron defenderse y fueron muertos tres de ellos y aprehendidos los demás. En este órden siguieron llegando hasta catorce carruajes, con todos los generales y eclesiásticos que los acompañaban, que fueron hechos prisioneros de igual modo. Allende sacó la cabeza por la portezuela y tiró un pistoletazo á Elizondo, llamándolo traidor, y este escapando el cuerpo de las balas, mandó á sus soldados hacer fuego

sobre el coche, quedando muertos en la descarga el hijo de Allende que era teniente general y Arias que tan tristemente figuró en los sucesos de Querétaro. Entonces Jimenez que acompañaba á Allende en el mismo coche, se arrojó de él dándose preso, lo que imitó aquel y atados fueron remitidos á retaguardia. En el último carruaje venia Hidalgo solo, escoltado por Marroquin con veinte hombres que marchaban con las armas presentadas : intimósele que se rindiese como á los demás, lo que examinando á su derredor hizo con la mayor calma, cerciorado de la inutilidad de todo esfuerzo.

Caminaba Allende con tal confianza, creyendo que se le recibia respetuosamente por aquella tropa, solo destinada á hacerles honor, que habia dejado atrás á alguna distancia la que le acompañaba, que ascendia á mil quinientos hombres, la artillería y bagajes. Elizondo, dejando suficientemente custodiados á todos los presos, se adelantó á su encuentro con ciento cincuenta hombres y los indios. Dió con ella á un cuarto de hora de camino, é intimándole se rindiese, se dispuso á hacer fuego el oficial que

mandaba los tres cañones que venian á la vanguardia. Elizondo con un movimiento rápido se echó sobre él y le dió muerte: lo mismo hicieron los indios con los pelotones de las piezas, matándolos á lanzadas. Entonces los soldados desertores en Aguanueva, viendo á sus antiguos compañeros, se pasaron á Elizondo, y todos los demás se dispersaron abandonando veinticuatro cañones y mas de medio millon de pesos en dinero y barras de plata. Nada esplica el desórden de la marcha de esta tropa, y falta de vigilancia en el servicio, para dejarse sorprender tan fácilmente, que la confianza con que caminaban en un país que les pertenecia y la seguridad de que en él no habia contrarios. Imperdonable olvido de todas las reglas militares que prescriben sábiamente la observancia de las propias precauciones en paz, que al frente del enemigo. El número de prisioneros llegó á unos ochocientos noventa y tres y cuarenta muertos, entre los primeros se contaron muchos coroneles, mayores y oficiales de todas graduaciones.

La noticia de la prision de Hidalgo y Allende se recibió en Méjico en la tarde del 8 de Abril

por aviso que dió Calleja desde San Luis el 5. El virey hizo solemnizar el suceso con salvas de artillería y repiques de campanas; mas como no se habian comunicado pormenores algunos, todo era dudas y confusiones, y los afectos á la revolucion no daban crédito á lo que se decia, no pudiendo acabar de persuadirse que los dos jefes principales de los independientes, cuyas desavenencias eran poco conocidas en la capital, se hubieran podido esponer á un acontecimiento tan desgraciado, confiados en tropas de tan incierta fidelidad, llamando la atencion con tan numerosa caravana y escitando la codicia con tantos caudales.

Los presos fueron conducidos á Monclova, y á su entrada se hizo una salva de artillería con la que se les habia tomado, saludándolos el populacho con las aclamaciones de «Viva Fernando VII, mueran los traidores» y pedian á gritos sus cabezas.

En Monclova los principales fueron puestos en una casa prevenida para su prision; los demás se llevaron al hospital, encerrándolos en una sala muy reducida, en donde sufrieron todas las

incomodidades consiguientes á la estrechez, suciedad y falta de alimentos.

Habiéndose hecho la aprehension en territorio sujeto al comandante general de las provincias internas, y por tropas de su mando, le pertenecia el conocimiento de las causas y su formacion, por lo que se dispuso mandar á Chihuahua, lugar de la residencia de aquel jefe, á los principales reos, los cuales salieron de Monclova el 26 de Marzo al cargo del teniente coronel don Manuel Salcedo, tomando el camino del Alamo y de Mapimí, y en el primero de estos puntos se separaron los eclesiásticos que fueron conducidos por Parras á Durango, escepto Hidalgo que continuó á Chihuahua.

Llegados á aquella capital el 23 de Abril los reos, el comandante general don Nemesio Salcedo comisionó, en 25 del mismo mes, para la instruccion de las causas á don Juan José Ruiz Bustamante, recomendándole la brevedad, y el 6 de Mayo nombró una comision ó junta militar, compuesta de un presidente, un auditor, un secretario y cuatro vocales, á la cual pasase el comisionado las declaracioues que tomara de tres en tres individuos, para que en este órden fueran

vistas y sentenciadas. En el mismo dia confirió comision especial para la formacion de los procesos de Hidalgo, Allende, Aldama y Jimenez, á don Angel Abella, administrador de Correos de Zacatecas; era este asturiano de nacimiento y habia sido en España alférez de Guardias, teniendósele por muy versado en las fórmulas de la ordenanza militar en materia criminal. En cumplimiento de esa mision nombró por secretario de las actuaciones á Francisco Salcedo, soldado de la tercera compañía volante, y tomó la primera declaracion á Hidalgo el dia 7 de Mayo, en que recibió su nombramiento, trasladándose al efecto al hospital militar de aquella ciudad, en el que habia sido puesto el cura y los principales de sus compañeros, todos aherrojados con grillos y esposas, como habian sido conducidos desde Monclova.

Refiere el escritor Bustamante en su « Cuadro histórico, que Allende, indignado del trato brutal con que Abella se complacia en humillarlos, en un acceso de furor rompió las esposas que tenia en las manos, y con el pedazo de cadena que quedó pendiente castigó la insolencia del fiscal dándole un golpe en la cabeza. »

Sin otras actuaciones que las declaraciones instructivas tomadas á los presos, y las cuales, respecto á Hidalgo, segun espresa el mismo autor en aquella obra, fueron completamente desnaturalizadas, dió su dictámen el auditor, que lo fué el licenciado don Rafaél Bracho, y pronunció su fallo el Consejo de guerra, presidido por el teniente coronel don Manuel Salcedo, gobernador de Tejas, sentenciando á los reos á la pena capital, siendo en consecuencia Allende y mas diez y ocho generales y jefes, fusilados por la espalda como traidores á su soberano el rey de España é Indias, en la plazuela de ejercicios de Chihuahua, durante los dias del 10 al 27 de Mayo de 1811.

La intervencion de la jurisdiccion eclesiástica causó mayor demora en la causa de Hidalgo. El obispo de Durango, doctor Olivares, comisionó en 14 de Mayo al canónigo doctoral de aquella iglesia don Francisco Fernandez Valentin para que procediese en union del juzgado militar. Estaban ya tomadas las declaraciones por Abella en los dias 7, 8 y 9 de Mayo, por lo que el juez eclesiástico, aun cuando no las hubiera presenciado las dió por bien recibidas, pero como

para que se pronunciara la sentencia y para que se ejecutara debia preceder la degradacion y libre entrega del reo por el juez eclesiástico, el comandante general, segun le propuso el auditor, mandó pasar la causa al comisionado del obispo. Este, facultado por su prelado para proceder á la degradacion y demás requisitos, pronunció la sentencia al efecto el 27 de Julio, y el 29 del mismo mes la ejecutó en el hospital real, donde estaba el preso, el cual compareció ante el mismo canónigo y sus asociados, en hábitos clericales, y despues de habérsele quitado las cadenas que lo engrillaban, los eclesiásticos destinados para el objeto lo revistieron con todos los ornamentos de su órden presbiterial de color encarnado, y puesto de rodillas delante del juez comisionado, revestido de capa pluvial y sentado en una silla colocada en lugar conveniente, vuelto hácia el pueblo, espectador de esta ceremonia y acompañado del juez militar, espuso aquel al pueblo la causa de la degradacion, y mandó leer la sentencia que para ella habia pronunciado. Concluida la lectura desnudó al reo de los ornamentos sacerdotales en la forma que prescribe el pontifical romano, y lo

entregó á la justicia secular, intercediendo para que se le mitigara la pena, no imponiéndole la de muerte ni mutilacion de miembros.

No obstante la recomendacion del juez eclesiástico, que no es mas que un acto de ceremonia que no produce efecto alguno, el Consejo de guerra condenó á Hidalgo á ser pasado por las armas, pero que en consideracion á su carácter sacerdotal la ejecucion no se hiciese en paraje público, como era el lugar donde habian sido fusilados todos los demás, y que se le tirase al pecho y no por la espalda.

El caudillo que habia llevado sus huestes amenazadoras á las puertas de la capital de Méjico, luchando por colocar á su patria en el rango soberano de las demás naciones libres del universo, aceptó con firmeza el infortunio, y la serenidad imperturbable de su carácter no le abandonó ni con el dolor físico de los hierros que maltrataron sus miembros ni con las crueles humillaciones que le hicieron sufrir.

Tres dias despues del acto de degradacion, fué conducido el cura Hidalgo á un sitio tras del hospital, donde se ejecutó la sentencia y no habiendo muerto en la primera descarga se repi-

tió otra estando caido en el suelo, y espiró atravesado de multitud de balas. Su cabeza, con las de Allende, Aldama y Jimenez, que se habia cuidado de dejar intactas, no dirigiendo á ellas los tiros, fueron llevadas á Guanajuato y colocadas en jaulas de hierro en cada uno de los ángulos de la Alhóndiga de Granaditas, suspendidas en unas barras que sobresalen á la cornisa. Los cadáveres de los cuatro ajusticiados fueron sepultados en la capilla de la tercera órden de San Francisco de Chihuahua, de la que en el año de 1824, por disposicion del Congreso nacional, fueron trasladados con las cabezas que se quitaron del lugar en que estaban en Guanajuato, á la catedral de Méjico, en la que se enterraron con gran solemnidad bajo del altar de los reyes, en la bóveda destinada antes á los vireyes, y despues á los presidentes de la República, declarándolos beneméritos de la patria en grado heróico, y sus nombres se mandaron escribir con letras de oro en el salon de las sesiones del Congreso.

FIN.